



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

César
Torre

EL FUEGO DEL DIABLO

45 Ptas



TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© CESAR TORRE

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-03489-0

Depósito legal: M. 9.961 - 1982

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

EL FUEGO DEL DIABLO

César Torre

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

Capítulo 1

U

Un ruido violento, un ruido con el que estaba muy familiarizado, despertó a Andy Baday y le impulsó a incorporarse de un salto, mientras empezaba a maldecir.

—¡Por todos los demonios, siempre lo mismo!

El ruido era producido por las grandes puertas correderas de los vagones del tren «Chicago-Burlington & Quincey», que estaban siendo descorridas con violencia.

En primer lugar sonaba el trueno de la pesada puerta, desliziéndose por el carril. Luego, una voz que preguntaba algo. Y después, golpes, golpes leves propinados sobre el hierro, con otro hierro.

Andy podía ver la escena desde la negrura de su escondite, porque la conocía de antemano. El tren se había detenido en uno de los apeaderos, y un fornido empleado del ferrocarril comprobaba, uno a uno, si los vagones que constaban sin carga, estaban realmente vacíos.

—¡Otro maldito bestia se aproxima! —masculló Andy Baday.

Andy era joven, y tenía experiencia en situaciones como aquella, pues siempre viajaba de un lado a otro del país en los trenes de carga. No le gustaba la carretera, ni tampoco los camioneros. Porque, si los camioneros eran amables, casi siempre estaban deseosos de conversación y se ponían muy pesados. Y si eran unos hijos de mala madre, entonces le dejaban tirado en el asfalto durante horas, con un brazo levantado. A veces ocurría que los camioneros se mostraban demasiado tiernos con los chicos jóvenes, como él, en cuyo caso, para defenderse de sus caricias, Andy terminaba peleando con alguno de ellos.

No. Sin duda prefería el tren, pese a aquellos tipos de las barras de hierro que odiaban visceralmente a los vagabundos, y que procedían como si en verdad fuesen los dueños absolutos del ferrocarril.

Inevitablemente, los ruidos se aproximaban. Andy Baday probó a hacerse invisible en un rincón, tratando de adivinar hacia dónde se proyectaría la luz de la tarde cuando se abriera el portón.

El peligro era inminente. Ya estaba allí.

Una de las puertas correderas se deslizó de pronto con brusquedad, y el corpulento empleado, esgrimiendo su barra de hierro, se medio

introdujo en el maloliente vagón, impregnado del olor de las últimas ovejas que había transportado.

Enseguida vio al joven. Había mirado hacia el lugar exacto; sin duda era un viejo zorro de andén, sabio y experimentado.

Lo primero que hizo fue dedicar un feroz insulto al sujeto que pretendía viajar gratis en la «Chicago-Burlington & Quincey», y después se lanzó hacia el interior, mientras Andy, con las manos alzadas, procuraba apaciguarlo, mostrándose sumiso:

—Bueno, amigo, cálmese, ya me bajo. Mi viaje terminaba precisamente aquí. ¿Cómo se llama este pueblo?

Andy era alto, rubio, y tenía una sonrisa muy agradable. En su rostro, de piel bronceada, destacaban los ojos, de un vivo tono azul. Pero era el pelo su mayor encanto, aunque apareciera perpetuamente enredado, en grandes mechas de color ojo viejo.

Vestía ropas muy rozadas, casi miserables, pero su rostro, luminoso y joven, casi las hacía parecer relucientes.

—Muchacho —gruñó el ferroviario—. Largarte no va a serte fácil. Por si no lo sabes, tú eres un ladrón que ha estafado a la Compañía. Por lo tanto, no te irás con una alegre despedida. ¡Nada de eso! Voy a abrirte la cabeza. ¡Te vas a gastar en hospital lo que no has pagado a la Compañía!

Andy parpadeó, tratando de calibrar el amenazador alcance de aquellas palabras. Todavía sonreía, e incluso avanzó un paso hacia el hombre, murmurando.

—Escuche, no querrá hacer daño a un pobre chico en apuros. Yo solo...

El vigilante hizo un gesto agrio, achicó los ojos y, levantando la barra con una rapidez sorprendente e inesperada, sacudió sobre la cabeza del joven un golpe tan brutal, que muy bien hubiera podido partirla en dos.

Andy, tambaleante, tuvo la impresión de que su boca se llenaba de sangre. Al menos, sus guedejas se iban tornando escandalosamente rojas. Sentía que empezaba a marearse, mientras el energúmeno que tenía frente a él reía satisfecho. De pronto soltó la barra y, aferrándole por los brazos, lo empujó hacia el hueco de la puerta. Parecía dispuesto a arrojar a Andy fuera del vagón, tirándolo por el terraplén.

—¡Muchacho, vas a ver cómo trato yo a la basura como tú! —dijo entre dientes, empezando a reír de nuevo—. No te van a quedar ganas de repetirlo.

La sangre descendía ya por la frente de Andy Baday y le llegaba a las cejas. Sin duda iba a desmayarse. Agitó la cabeza en un intento de recobrar la serenidad. Al fin, cuando ya estaba en el hueco, a punto de

recibir el empujón que lo haría rodar por el terraplén, Andy lanzó los codos hacia atrás, hundiéndolos en el vientre de su enemigo.

Tras proferir un rugido y una espantosa maldición, el vigilante le soltó, retrocediendo.

Andy se volvió y, con gran rapidez, antes de que el otro se apartase, le propinó un fuerte puntapié en los testículos.

El hombre se dobló, rugiendo. El dolor que sentía le obligaba a chillar. Miraba al muchacho, ahora con temor, pues Andy Baday parecía transformado. Su rostro había dejado de ser agradable y amistoso para tornarse duro, frío, cruel.

—¡Esclavo de los demonios, pudiste matarme, maldita carroña, no te bastaba con arrojar me a la vía! ¡Seguro que a más de un infeliz le habrás dejado tumbado, para no levantarse más, sobre la paja de estos asquerosos vagones! Pero esta vez te equivocaste de víctima. ¡Sí, amigo, hoy vas a ser tú el muerto!

Mientras alzaba la barra que el hombre había tirado, y que tenía sangre y cabellos rubios pegados en un extremo, oyó al vigilante decir algo acerca de unos hijos. Pero Andy sin escuchar, le hundió la barra en el cráneo, con tan salvaje impulso, que le partió la frente.

El empleado del ferrocarril, encogido sobre la paja, se estremeció dos veces y después quedó quieto.

Andy Baday, el atractivo, encantador y desamparado joven vagabundo, miró a su víctima rencorosamente, mientras cubría su cuerpo sin vida con la maloliente paja. Después, tras de comprobar que no había nadie en aquel extremo del andén, saltó al suelo, alejándose terraplén abajo. Una agresiva sonrisa distendía sus labios.

★ ★ ★

Sin duda era el barrio más pobre de la ciudad, formado únicamente por callejones, y decorado con altos cubos de basura, siempre repletos de apestosos contenidos, verdadero paraíso de los gatos desahuciados.

En una esquina estaba el Consultorio Médico de una sociedad evangélica, instalado de cualquier manera, entre sólidas tuberías de desagüe, y pintado de un horrible color verde por algún voluntario generoso.

Un policía de turno, al descubrir que aún estaban encendidas las luces en el Consultorio, golpeó suavemente los cristales de la puerta y después la abrió, preguntando.

—¿Quién anda ahí?

Una muchacha asomó por una puerta. Vestía una bata, también de color verde, que casi arrastraba. Su voz sonó alegre al responder.

—¡Estoy acabando de recoger! ¡Hoy ha sido un día tremendo!

El policía entró, al tiempo que aconsejaba:

—Más vale que se marche ya, señorita Kleman. Cualquier noche puede recibir un buen susto. Esos callejones están llenos de golfos.

Ella dijo, encogiendo los hombros.

—¡Bah, aquí no tenemos nada de valor!

—Está usted, criatura. Vamos, cierre y váyase, no me haga las cosas difíciles. Ya sabe que más vale prevenir, que curar...

La muchacha asintió y el policía se fue, con cierta desgana. La joven cerró unos pequeños armarios. No había una sola droga en el consultorio, para no tentar a los ladrones. Se trataba de una unidad de primeros auxilios, muy elemental. Allí en realidad todo lo que se hacía era calmar ataques de nervios, dolores de muelas, curar a los contusionados, además de gestionar de enfermos y accidentados sin recursos, su ingreso en instituciones adecuadas.

Los fondos procedían de menguadas donaciones, y solo alguien dotado de un hondo espíritu de amor al prójimo, como la señorita Kleman y el par de muchachos que la ayudaban, era capaz de soportar el duro trabajo en tales condiciones.

La señorita Kleman, que siempre se ocupaba del cierre, comprobó que todo estaba recogido y en orden, y tomó su abrigo, dispuesta a marcharse.

Entonces, cuando se volvía hacia la puerta, vio un rostro al otro lado de los cristales, y se asustó.

Era un hombre, que le miraba fijamente. Podía ver su cara, hosca, sucia. El pelo casi le cubría los ojos.

La joven retrocedió, al tiempo que el hombre tocaba los cristales con cierto apremio. Enseguida, la señorita Kleman se dio cuenta de que aquel hombre estaba manchando de sangre el cristal y, olvidándose de su miedo, abrió rápidamente la puerta.

El hombre sonrió entonces y todos los recelos de la señorita Kleman se esfumaron. Porque él tenía una sonrisa bella, cautivadora e inocente.

—Perdone... —le oyó murmurar—. Creo que aquí pueden... Es que...

Avanzó un paso y, sin dejar de sonreír, se desplomó de bruces a los pies de la señorita Kleman que lanzó un grito de angustia, apresurándose a ponerse de rodillas. Con esfuerzo dio vuelta al cuerpo del hombre, que era muy alto y delgado. La muchacha pensó que ofrecía un aspecto desnutrido.

Cuando terminó de volverle y pudo mirar de cerca su anguloso rostro de finos labios, la señorita Kleman pensó que jamás había visto

un hombre tan guapo.

—¡Está muy herido, ha recibido un fuerte golpe en la cabeza! ¡Tengo que curarle! —expuso su pensamiento en viva voz.

Se puso en pie y fue a cerrar la puerta. El joven, con las ropas rotas, húmedas de sangre, desordenado y sucio su pelo de color oro, era la viva imagen de la desolación y el desamparo, y la señorita Kleman, pese a estar habituada a las calamidades, sintió que sus ojos se cubrían de lágrimas.

Muy nerviosa puso bajo la cabeza del hombre una pequeña almohada, que al momento se manchó de sangre. Pronto acercó su equipo de cura. Lo primero que hizo fue lavar la herida y contener la hemorragia. Consideró una pena cortar aquel bonito pelo dorado y no lo hizo. Cuando ya estaba terminando de vendarle la herida, el hombre gimió, empezando a moverse.

La señorita Kleman notó que se quedaba sin respiración cuando los ojos del hombre se abrieron y la miraron, primero con una distante frialdad, después con calor y una cierta timidez.

—Perdone... —murmuró—. Supongo que me he desmayado. Me golpeé con...

—Por favor, no hable. Está muy agotado. Ha debido caminar bajo la lluvia durante mucho tiempo. ¿Cómo se encuentra?

—Bastante bien. Siento un poco de dolor de cabeza. Solo eso. Perdone, no quiero causar más molestias a una chica tan buena y... Y tan bonita. Si algún enfermero acude en mi ayuda, me levantaré y...

—¡Oh, estoy sola aquí!

Lo dijo impulsivamente y al momento se arrepintió. Porque era ya muy tarde, y aquel joven volvía a mirarla con extraña frialdad, aunque luego esbozara la más cautivadora de las sonrisas.

—Bueno, no importa, no necesito ayuda. Se lo voy a demostrar.

Empezó a incorporarse y ella quiso ayudarle. Al coger una de sus manos notó como un temblor, como un golpe de fuego, y se puso muy sofocada.

—Creo que tiene usted bastante fiebre. ¡Oh, Dios, aquí no puede quedarse, y ya es tarde para avisar al médico! ¿Cómo podría ayudarle, señor?

—No me llame señor. Yo soy Andy. Y no se preocupe, esto no es nada, mañana estaré bien.

—Pero... ¿dónde va a pasar la noche?

—Buscaré por ahí...

—Tiene las ropas muy mojadas. Pillará una pulmonía.

El hizo un gesto de resignación y, abriendo la puerta, salió a la calle. Se movía con la gracia de un bailarín. Apenas avanzó unos pasos se

volvió para sonreír a la muchacha y, entonces, un rictus de dolor tensó su rostro.

La señorita Kleman gritó al tiempo que cerraba el consultorio para correr apresuradamente hacia el hombre. Enseguida le sujetó por un brazo, murmurando.

—¡Venga conmigo, tengo ahí el coche, no puedo dejarle así, mañana le llevaré al hospital!

Él se dejó llevar en silencio hasta el viejo automóvil de la señorita Kleman, que se mostraba muy nerviosa. Sin duda sabía que estaba cometiendo una locura. Aquel hombre era un desconocido. Ella nunca había llevado a un hombre a su apartamento, mucho menos a un hombre tan turbador y extraño, surgido en la noche, con una mala herida en la cabeza.

Cuando Andy tomó asiento en el coche pareció que de nuevo iba a volver a desmayarse. Viéndolo tan pálido, la señorita Kleman puso en marcha el coche y, muy excitada, lo dirigió hacia su casa, no muy distante de aquel lugar.

Poco tiempo después ayudaba a entrar a Andy en el apartamento. Pero lo hizo agitada, mirando a todos lados con la conciencia de estar haciendo algo indebido. De todos modos cerró la puerta y se encaminó hacia la sala, conduciendo al hombre, que se tambaleaba. Su mirada se había hecho turbia, opaca.

—¡Dios mío, qué mal está! ¡Oh, sí, está muy mal!

No sin esfuerzo logró llevarlo a la cama.

★ ★ ★

Andy Baday se revolvió, lanzando un gruñido de satisfacción. Tenía calor, y algo suave envolvía su cuerpo. Hasta sus oídos llegaba un ruido mecánico.

Estuvo un rato quieto. Luego abrió los ojos. Se encontraba tendido encima de una cama demasiado pequeña para su tamaño. La ropa estaba muy limpia. Una manta le cubría y la apartó un poco.

Entonces apareció la señorita Kleman. Entre sonrisas pidió, turbada.

—Por favor, no se destape.

Andy alzó las sábanas y vio su largo cuerpo, desnudo. La señorita Kleman ya explicaba, en tanto dirigía su mirada hacia un rincón de la estancia.

—Su ropa se está lavando. Le hacía mucha falta un poco de jabón. ¿Cómo se encuentra?

—¿Quién me ha desnudado? ¿Usted?

—No se escandalice, soy enfermera. Y era preciso hacerlo. Pero entonces, era distinto...

Andy sonrió con burla.

—Entiendo. Está acostumbrada. Me ha tratado como a un paciente, como a un niño pequeño... Bien, gracias por sus cuidados, pero necesito mi ropa. Así, desnudo, me encuentro indefenso. A no ser, claro, que usted se desnude también.

Ella quiso reír, pero se ahogaba.

—Por favor, no sea atrevido. Su ropa estará lista muy pronto. Tengo un secador. De todos modos, usted necesita descansar. ¿Por qué no intenta dormir?

Andy Baday se pasó una mano por la frente, ya libre de vendajes, e hizo aquel ademán de desenredarse el pelo que la señorita Kleman consideraba absolutamente arrebatador. Tal vez por ello no pudo resistir la tentación de acariciar su frente. Lo hizo con suavidad, al tiempo que musitaba.

—Creo que... que ya no tiene fiebre.

Continuaba rozando con sus dedos la frente de Andy Baday. Luego, los hizo deslizar muy despacio por la angulosa mejilla. Andy no se movía. Mantenía los ojos cerrados. Sabía lo que iba a suceder.

La señorita Kleman empezaba a inclinarse sobre él, como atraída por una fuerza irresistible. Al fin, inevitablemente, puso sus labios sobre los del hombre con una temblorosa suavidad.

De pronto, las manos de Andy apresaron sus hombros, y el tímido beso se convirtió en una caricia brutal. La muchacha se sintió atraída sobre el cuerpo desnudo, ya que Andy había apartado las ropas de la cama, y cayó sobre él estremecida, percibiendo su calor y su rudeza. Tuvo tiempo de susurrar.

—¡No, por favor... no lo haga!

Pero aquella fue su única protesta, mientras las delgadas y poderosas manos del joven empezaban a quitarle bruscamente las ropas, a apoderarse de su cuerpo, acariciándolo sabiamente.

La señorita Kleman gemía, con los ojos cerrados, totalmente abandonada.

Era su primer hombre, su primer amor. Algo maravilloso.

★ ★ ★

En la pequeña y femenina habitación repleta de cachivaches y cortinitas, estaba entrando ya la luz de la mañana.

Doris Kleman, con los ojos brillantes de felicidad, contemplaba al hombre que dormía junto a ella, manteniéndola abrazada. En aquellos

momentos la constaba que había cometido una locura, con un perfecto desconocido, pero no se arrepentía. La dicha la embargaba.

Andy se movió un poco, abrió los ojos y, tras mirarla largamente, la besó, murmurando.

—Buenos días, pequeña solitaria.

—¿Cómo sabes que estoy sola?

—Porque soy un experto en soledades. Conozco a los solitarios a la primera ojeada.

—¿No tienes a nadie?

Tras su ahogada pregunta aguardó la respuesta, con ansiedad. Tal vez pensaba que, si aquel hombre no pertenecía a nadie, ella, que lo había encontrado abandonado, podría quedárselo quizá para siempre.

—No. Soy un pajarraco libre.

—¿Tus padres...?

—¡Bah! Se cansaron muy pronto de mí y me entregaron a las autoridades. Ellos necesitaban todo su tiempo para emborracharse y pelear. Después tuve muchos padres. Primero, los educadores de una Institución, hasta que empecé a escaparme. Entonces, deseosos de prestarme ayuda, me pusieron en las manos de varias de esas bondadosas familias que se hacen cargo de los críos abandonados, únicamente para cobrar el subsidio. Pero todas ellas se dieron prisa en gastar en alcohol el dinero de mi alimentación, y sustituyeron los cuidados por golpes. Debía ser mi signo.

—¡Dios mío! —gimió Doris, acariciando conmovida su rostro.

El joven se echó a reír.

—¡No te aflijas, ya ves que pude sobrevivir! Pero los recuerdo a todos, eso sí, puedo jurártelo. Recuerdo muy bien a cada uno de aquellos malditos bastardos que me atormentaron durante mi niñez. Recuerdo sus nombres, y hasta creo tener ante mí sus piojosas caras. Recibí de ellos feroces palizas. No les gustaba que escapara de sus casas, porque perdían el dinero del subsidio. Hasta que crecí lo suficiente para que dejaran de pegarme. Luego... he andado de un lado para otro, con poca suerte. La verdad, tú eres la primera persona que he encontrado, capaz de hacer algo por un extraño.

Doris lloraba dulcemente, apretada contra el pecho del hombre.

—¡Oh, Andy, yo cuidaré de ti hasta que te repongas! No iré al consultorio, avisaré por teléfono. Necesitas muchos cuidados. ¿Sabes lo primero que pienso hacer? Te prepararé algo de comida. ¿Qué es lo que más te gusta?

Andy Baday suspiró.

—¡Caray, eres un verdadero ángel! Pero escucha: Seré yo el que cocine para ti.

Apartándose de ella se puso en pie de un salto. Estaba completamente desnudo, y Doris le contemplaba con admiración. ¿Por qué le había parecido Andy tan frágil con sus viejas ropas, y resultaba tan poderoso y magnífico sin ellas? Semejaba una escultura.

Risueño, él alargó una mano para tomar la colcha que estaba doblada a los pies de la cama, y empezó a colocársela en torno a la cintura.

De pronto, su sonrisa se hizo crispada. Al momento, tras lanzar un gemido, empezó a caer, muy lentamente.

Doris Kleman gritó. Luego corrió hacia él, intentando sujetarlo, pero el cuerpo del hombre era demasiado pesado. Inevitablemente se deslizó entre sus manos, quedando al fin tendido sobre la alfombra.

La señorita Kleman, muy asustada, le hablaba ahora nerviosamente. Todo cuanto quería era volverle a la consciencia.

Andy Baday tenía los ojos medio cerrados y escuchaba la voz de la joven, pero no podía contestar y tampoco parecía capaz de moverse. No tenía conciencia de su cuerpo, solamente de su propia cabeza, que se le antojaba inmensa, como en esas pesadillas delirantes en las que la sentimos crecer inmensamente.

Doris se mantenía abrazada a él, mojándole con sus lágrimas.

—¡Debí llevarlo al hospital anoche mismo, el golpe era muy fuerte! ¡Dios mío! ¡Está en coma, se va a morir, y yo seré la única responsable de su muerte! ¡Quise traerlo aquí, y ahora...! ¡Ahora no sé lo que voy a hacer!

Se apartó de él, muy inquieta, y Andy la sintió ir precipitadamente de un lado a otro. Se estaba vistiendo. Luego oyó su voz. Estaba hablando por teléfono, preguntando por un médico, exigiendo que lo sacasen de la cama. Luego pidió una ambulancia.

Andy solo sentía frío. No notaba nada más. Tampoco percibió el contacto de las manos que, tras envolverle en telas, le colocaron en una camilla. Oyó, sí, los comentarios de algunos curiosos, cuando la camilla fue sacada a la calle y colocada en una ambulancia. Doris entró con él y le cogió las manos.

★ ★ ★

Era un frío casi mortal, espantoso, hiriente, un frío que le envolvía por completo, que se clavaba en su cuerpo, traspasándolo como una aguja de acero. Andy Baday no veía nada, no sentía nada más que aquel frío terrible. Al fin entró en una especie de ensueño. Estaba descansando sobre grandes losas de hielo. Unos bloques, también de hielo, le rodeaban, le oprimían. Y aquel frío denso se apoderaba de él,

uniéndose a la total oscuridad que le envolvía.

Y, sin embargo, percibía sonidos reales, que consideraba fantásticos. Chasquidos secos, de aparatos eléctricos, voces apagadas que susurraban órdenes, de un modo breve y conciso.

—Ha sido un golpe terrible —dijo una voz—. No sé cómo ha podido vivir ni siquiera algunas horas. ¿Cómo va ese electro?

Eran voces frías, indiferentes. Un chasquido brusco. Luego, varios silbidos débiles. Un silencio. Después, el ruido de un papel al ser rasgado, manoseado.

—Completamente piano. Nada. Ha muerto.

Andy oía aquellas palabras. Las oía claramente, aun cuando no viera nada, ni sintiera sobre su cuerpo más que el contacto de unos imaginarios bloques de hielo, y aquel frío denso, cada vez más doloroso.

Estaban desconectando los aparatos. Algunas clavijas golpeaban contra los aceros.

—Esto se acabó. El chico es ya cadáver. No hay nada que hacer.

¿Cadáver? ¿Se estaban refiriendo a él? ¡Qué absurdo! Pero, ¿cómo podían darlo por muerto si él estaba vivo? Debía ser víctima de una pesadilla.

Lo gritó. Llamó que estaba vivo, que se confundían. Pero nada dijo en realidad. No movió ni un solo músculo.

—No lleva documentos. Necesitaremos urgentemente una autorización del juez para disponer de alguna víscera. Era joven y, al parecer, sano. Es preciso extraer los riñones, los ojos... Alguna utilidad dará, después de todo.

—Esa chica, la enfermera de. Consultorio... Tal vez pueda aportar algún dato de interés. Es la única persona que se relacionó con él.

—Ya la he interrogado. Lo conoció anoche. Nada más. No tiene relación con él, por tanto es cuestión del juez, ¿tienes los formularios?

—Sí. Y el de la autopsia. ¡Maldita sea, tendremos que darnos prisa!

—¿No sería prudente, y también necesario, efectuar antes alguna otra comprobación? —preguntó temerosamente una voz.

—¡Bah, dejémonos de tonterías! Está muerto y se ha efectuado la comprobación acostumbrada. Se trata de una oportunidad para nuestro banco de órganos, siempre que no dejemos pasar demasiado tiempo.

¡Oh, Dios! ¡Le iban a despedazar, a sacarle los ojos, a arrancarle las vísceras! ¡Y él vivía, sí, vivía todavía!

Andy dejó de oír las voces. Se habían marchado, tras cubrirle con una sábana. Y en aquella total oscuridad, dominado por el frío gélido que parecía seguir apoderándose de él, pensó —porque Andy creía poder todavía pensar, aunque su cerebro se encontrara sin reflejos—, que quizá estuviera realmente muerto.

Iban a abrir su cuerpo, a despedazarle como a una res de matadero. Sí, quizá estuviera muerto, y aquel frío insoportable fuese simplemente el frío de la muerte. Y la negrura que le envolvía, la oscuridad de la Parca.

Después de algún tiempo, que no pudo medir, volvieron los ruidos. Estaban acercando a él algo con ruedas. Tal vez una mesa. Hablaban, al menos, tres hombres. Después sonaron ruidos de metales, de cristales.

Andy sabía lo que iba a suceder: Venían dispuestos a abrir su cuerpo. Aquellos malditos papeles habrían ya sido firmados por alguien, indiferentemente. Él era ahora solo un despojo que conservaba algunas piezas de valor que debían ser salvadas de la podredumbre.

Pero... ¡algo estaba pasando! ¡El frío empezaba a aliviarse, a desaparecer! ¡Los bloques de hielo se estaban fundiendo, lo notaba, percibía la humedad donde poco antes todo era dureza!

—Bien —dijo alguien—. Es preciso cumplir las normas. Primero la autopsia. No será preciso perder mucho tiempo. Bastará extraer el cerebro y buscar el coágulo que le ha causado la muerte. Pero, ¡con mucho cuidado! Es preciso salvar los ojos.

Andy percibía los sonidos con toda nitidez. Y también se daba cuenta de que su agobiante frío desaparecía por completo.

De pronto, empezó a envolverle un calor muy vivo, un calor casi alegre. Ahora, aunque continuaba en la oscuridad, había grandes llamas invisibles rodeándole. Era un fuego poderoso que calentaba su cuerpo sin quemarle, que le recorría interiormente, infundiéndole fuerza.

¡El fuego es vida! Por lo tanto, él vivía. ¡No era cierto que él estuviera muerto, aunque los instrumentos médicos lo indicasen!

Sí, sobre él crepitaban extrañas llamas que no producían luz alguna, que no le quemaban, pero que le llenaban de calor. Andy Baday intentó nuevamente gritar. Alguien estaba hablando.

—El escalpelo grande. Trépano... Disponte a efectuar el corte frontal. Conectad el aspirador, no quiero una sola gota de sangre...

La voz era autoritaria. Andy parecía arder. Entonces percibió un contacto sobre la cabeza, un tirón violento a sus rubios cabellos. Luego, la presión de algo duro.

¡Estaba vivo!

Su mano derecha se alzó con rapidez, brotando como un rayo de bajo la sábana. No había sido amarrado a la mesa de operaciones. No se sujetaba a un cadáver.

Su mano aferró otra mano, con energía. Y, al mismo tiempo, abrió los ojos, levantando un poco la cabeza.

Sobre él brillaba una luz terrible, dura, muy blanca. Andy exclamó, con voz ronca.

—¡Aparten ese foco, me está molestando! ¡Por favor!

Un grito fue la respuesta a sus palabras. Un grito de terror. La lámpara fue desviada precipitadamente, y su luz cayó sobre el cirujano que esgrimía el escalpelo, y al cual Andy estaba sujetando por la muñeca con su mano ardiente y poderosa.

—¡Dios mío, está vivo! —gritó alguien—. ¡Está vivo!

—¡Pronto, los reanimadores, maldita sea, hemos podido asesinar a este hombre! Pero ¿cómo ha podido ocurrir?

—¡Estaba muerto, os juro que estaba muerto! —repetía el cirujano quien al fin, no sin esfuerzo, consiguió soltarse de la mano de Andy y retroceder.

Los otros estaban conectando aparatos a toda prisa. No se atrevían a acercarse al paciente que, levemente incorporado, les contemplaba con una expresión extraña, distante, como si no les viera.

Fue un momento de pánico. Luego, la profesionalidad de los médicos se impuso. Rodearon a Andy, obligándole a tenderse de nuevo. Todos hablaban al tiempo pidiéndole que se tranquilizara.

Pero eran ellos los que realmente necesitaban tranquilidad. Le inyectaron reanimantes y conectaron corrientes eléctricas para estimular su corazón.

Andy, con los ojos cerrados, volvió a sentirse agradablemente rodeado de las vivificantes llamas. ¿Por qué no le inquietaba el fuego que podía destruirle? Aunque aquellas llamas fuesen imaginarias, debían causarle al menos un poco de temor.

Empezó a sonreír mientras los médicos se movían activamente, y otros más iban entrando, atraídos por el extraordinario caso. Discutían entre sí sobre la eficacia de los ingenios para comprobar el momento de la muerte.

Andy suspiró, sonriendo aún. ¡Qué grato era el calor del fuego!

Capítulo 2

C

UANDO abandonó el hospital, vistiendo ropas nuevas que alguien le había regalado, risueño, resplandeciente tras despedirse del Jefe de Servicio, Andy iba dejando tras de sí bastantes susurros y miradas admirativas.

—Dicen que estuvo muerto, clínicamente muerto, descerebrado.

—¡Bah, eso son palabras! Si hubiera estado realmente muerto, nunca hubiese salido del depósito.

—Pues a mí me gustaría preguntarle dónde estuvo durante ese tiempo, qué fue lo que vio y lo que pudo conocer...

—Yo te lo puedo explicar. Págame una botella de buen «bourbon». Me la beberé a tu salud y, cuando regrese, te contaré dónde he estado.

Andy no escuchaba. Su caminar era seguro, ágil. La ropa, aunque vulgar, le caía muy bien.

Al dejar atrás el aparcamiento para los vehículos del hospital, tropezó con una Doris Kleman angustiada y nerviosa. La muchacha le estaba esperando junto a su viejo coche.

—¡Hola, Andy!

El joven lanzó sobre ella la más deslumbrante de sus sonrisas.

—Pequeña... ¿qué haces tú aquí?

—Esperarte. Pensé que...

—Mira, será mejor que me olvides. Gracias por todo, niña. Y ahora, vuelve a tu trabajo.

—¡Oh, no, espera! Puedo llevarte en el coche a dónde vayas.

Él la miró con burla.

—¿Te atreverías a llevarme hasta la costa del Pacífico?

—¡A donde vayas! —repitió Doris en tono firme.

Andy entró en el coche con gesto resignado. Ella en cambio sonreía feliz cuando ocupó su asiento frente al volante.

Antes de que pusiera el coche en marcha, vio a Andy tomar un cigarrillo de un paquete que guardaba en la guantera. Iba a utilizar el encendedor del coche, pero ella se disculpó.

—No funciona, lo siento, perdona. Toma esos fósforos.

Andy perdió un fósforo mientras ella le contemplaba como embobada.

Con el fósforo encendido, el joven se quedó pensando en algo, sin cesar de mirar fijamente la llamita que brillaba entre sus dedos.

¡Llamas! ¡Recordaba aquellas llamas que le habían devuelto a la vida!

Seguía mirando la llama que, consumida ya la maderita, bailaba ahora sobre uno de sus dedos. Doris, que se dio cuenta, lanzó un grito.

—¡Por favor, apaga esa cerilla... te estás quemando!

El fuego se apagó en cuanto Andy agitó la mano, que Doris se apresuró a tomar entre las suyas para mirar atentamente sus dedos, sobre todo aquel que «debía» haberse quemado. Algo desconcertada, dijo.

—Es extraño. No tienes ninguna marca.

Andy hizo un gesto de indiferencia.

—Bueno, basta de charlas. ¿Por qué no arrancas y sigues por esta calle?

La joven obedeció, aunque algo confundida. Al fin dijo, sin mirarle.

—Me das miedo. Dicen que has estado muerto.

—Pues, si tanto te asusto, detén el coche y olvídate de mí.

—¡No, eso nunca!

El arrojó el cigarrillo por la ventanilla, mientras Doris dedicaba toda su atención a la calle, atenta al tráfico. Pero no cesaba de observar de soslayo al joven. Parecía el mismo muchacho desamparado que entrara en el Consultorio en demanda de ayuda, herido, y con su dorado y rebelde pelo caído sobre la frente. Solo que ahora, su mirada era distinta. A sus ojos no asomaba aquel brillo descarado y simpático. No. Su mirada era extraña, distante, lejana.

Andy Baday iba observando los edificios, hasta que, de pronto, hizo un gesto de advertencia.

—¡Para aquí! —ordenó.

Ella acercó el coche a la acera y lo detuvo. Se encontraban ante unos almacenes, muy grandes y lujosos.

—Antes de abandonar esta apestosa ciudad necesito comprar algunas cosas. Una maleta, ropas, y algunas cosas personales.

Doris hizo un gesto de asentimiento.

—¿Tienes dinero?

—¡Oh, claro que sí! Aquellos dignísimos caballeros que estuvieron a punto de descuartizarme vivo, han sido generosos conmigo. Adiós, encanto. No hace falta que esperes. Tardaré.

Doris no dijo nada, ni se movió del coche cuando él saltó a la acera y, sin despedirse, fue avanzando a largas zancadas hasta penetrar en el lujoso establecimiento.

Andy Baday atravesó el gran vestíbulo, seguido por las miradas

tanto despectivas como recelosas que le dedicaban los atildados empleados de clavel blanco en la solapa de sus chaquetas «blazzier».

Andy lanzaba en su torno ojeadas rápidas. Subió al primer piso, dirigiéndose directamente a un expositor de maletas.

Apenas tomó una, sopesándola, fue hacia él un empleado, diciendo secamente.

—Quizá el señor no se ha fijado. Esa maleta es de piel de avestruz y tiene herrajes de plata. Su precio es muy alto.

—Perfecto, me gusta, es lo que necesito. Ahora le diré lo que quiero que ponga dentro.

El empleado, tras carraspear, adelantó una mano alzando la etiqueta para mostrarle el precio.

—Señor, es que... Se trata de una pieza cara. Tenemos otras de menos precio pero, en general, nuestras maletas son muy selectas. Mejor será que vaya usted a otro comercio. En esta misma manzana hay una tienda de viajes donde usted quizá...

Andy dejó caer la maleta al suelo y, tras esbozar un gesto de insolencia, se volvió de espaldas, mientras el empleado, rojo de indignación, murmuraba.

—¡Es usted un...! ¿Por qué le han dejado subir a este piso? ¡Este solo es lugar para ciertas personas! ¡No me gusta su aspecto!

Andy, con rabia, sacó del bolsillo un fajo de billetes bien doblados y, tras pasarlos ante el rostro del empleado, volvió a guardarlos.

Con ello, ciertamente, no ganó ningún prestigio a los ojos del otro.

Por el contrario, su antipatía hacia Andy aumentó y, mientras alzaba la valiosa maleta para volverla a su sitio en el expositor, no cesó ni un momento de refunfuñar.

Harto ya, Andy se fue entonces sobre él y, cogiéndole agresivamente por las ropas, exclamó:

—¡Es usted un idiota, y además un engreído, amigo! ¡Y ahora, mire lo que yo hago con su preciosa maleta para ricos!

Se la arrebató de las manos furiosamente y, con un movimiento brusco, la alzó hasta el remate del expositor donde la dejó clavada, atravesada de una parte a otra.

Después se volvió a mirar al empleado. Le miró muy fijamente, a los ojos. Y el hombre, que había ya iniciado un ataque, o al menos un intento de agresión, se inmovilizó.

Andy Baday continuaba mirando a su enemigo a los ojos, con una expresión reconcentrada, rabiosa. Pasados unos momentos, las pupilas de Andy parecieron enrojecer, agrandarse. Se dilataron. ¡Y el empleado seguía soportando aquella mirada sin moverse y sin parpadear!

Tal vez pasaron tan solo unos segundos. El rostro del hombre

empezaba a reflejar un gran sufrimiento, un auténtico dolor. Al fin se apretó fuertemente las manos contra el pecho, abrió la boca como si buscara más aire y dejó escapar por entre los labios un hilo de humo!

Andy dio un paso hacia el empleado, que rugió algo mientras iba inclinándose poco a poco hacia delante. Y, de pronto, en su interior se produjo un ruido sordo, semejante a una explosión, y una auténtica llamarada brotó de su boca.

¡Aquel desdichado estaba ardiendo espontáneamente, sus entrañas crepitaban con terrible violencia, convertidas en algo combustible en muy alto grado!

El hombre cayó al suelo. Y aquel fuego que ardía en su interior con pavorosa brutalidad, se abrió al fin paso a través del pecho, deshaciendo en unos segundos la blanca camisa de fibra artificial.

Aterrado, el empleado se incorporó con esfuerzo, mirando con horror a Andy, que le contemplaba muy tranquilo, casi indiferente.

Tambaleante, el hombre echó a correr. Gritaba de un modo terrible.

Otros empleados y clientes aparecieron, para ver, con gesto estupefacto, cómo aquel desdichado, muy rápidamente, se convertía en una hoguera.

Se detuvo al fin en su carrera junto a un muro, volviéndose un poco para mirar a Andy, por última vez. Y mientras lo hacía, el fuego le envolvió, consumiendo sus ropas y sus cabellos. Aún tuvo tiempo de lanzar un nuevo alarido de dolor antes de desplomarse sobre la moqueta.

Entonces, el fuego corrió velozmente por el suelo. Las llamas avanzaron alegres, devorando las prendas de ropa, haciendo reventar las vitrinas.

Después alcanzaron las paredes forradas de fibras plásticas, y por ellas ascendieron hasta los techos, penetrando en los tubos de aireación, que activaban el fuego como enormes fuelles.

La gente gritaba, tratando desesperadamente de llegar a la escalera.

Pero las escaleras del edificio eran también pasto de las llamas. Todas ellas contribuían a propagar el fuego que aumentaba por momentos, de un modo impresionante, en todas direcciones.

Por otra parte, los ascensores habían quedado bloqueados.

Se escuchaban gritos de horror y de angustia. Muchos intentaba buscar algún hueco por el que arrojar al vacío, tal era su pánico.

Con inusitada rapidez, todo el edificio del lujoso almacén fue presa del fuego, mientras, junto a una pared, se consumía, ya carbonizado, el cuerpo del elegante empleado que se había atrevido a insultar y ofender a Andy Baday, recibiendo como castigo la fuerza electrizante de su mirada, rojiza y extraña.

En la calle, Doris Kleman estaba siendo sujeta por las gentes que habían acudido al lugar atraídos por el fuego.

—¡Déjeme! —gritaba desesperada la muchacha—. ¡Tengo que entrar ahí, debo tratar de salvar a un amigo! ¡Está dentro!

—Es inútil, muchacha, no puede haber nadie vivo dentro de esa espantosa hoguera. Procura calmarte.

Las estridentes sirenas anunciaron la llegada de los coches de los bomberos y la policía.

Se formaron cordones de seguridad. Pronto se alzaron las largas escaleras, repletas de hombres, con las mangueras dispuestas para verter ríos de agua sobre la enorme fogata.

Desesperada, Doris, retrocedió hasta su coche y, sobre el capot, empezó a sollozar. Entonces la tocaron en la espalda y, al volverse, vio a Andy. Estaba allí, sonriente y bello, sin una mancha de humo, envuelto en aquella aureola que le era propia.

—Pero tú... —empezó Doris, señalando temblorosa el edificio en llamas—. Tú estabas... Estabas en...

—Sí, pero pude salir a tiempo. Alejémonos de aquí, hay demasiado ruido. Tal vez me hayan visto salir de esa pira y no quiero preguntas. No quiero nada con la policía.

—¡Oh, Dios, tú has salido de... de esa hoguera! —gimió Doris.

—¿Acaso lamentas que no me haya achicharrado como los otros?

Doris temblaba. Se estremeció, recordando.

—Ahora lo entiendo. Tú eres... Eres inmune al fuego. Aquel fósforo no te quemó los dedos, y ahora has salido de esa horrible hoguera sin sufrir el menor daño. Dime, Andy. ¿Qué sucedió realmente contigo cuando te dieron por muerto en el hospital? ¿Qué fue lo que pasó entonces, Andy?

—¿Qué esperas que responda? ¿Qué estuve en el infierno y que volví de él? Tal vez te guste que yo diga eso —replicó sarcásticamente Andy.

—No. No me gusta. Yo nunca te haría una pregunta así.

—Entonces dejémonos de fantasías y sácame de aquí, preciosa.

Como Doris permanecía indecisa, Andy la miró un momento con irritación. Pero, recordando lo que había sucedido con el empleado, apartó hacia el suelo la mirada, suplicando sin voz.

—Anda, sé buena, Doris. Vámonos de aquí, por favor.

Ella suspiró hondamente. Luego se cogió a su brazo, murmurando.

—Quiero decirte una cosa, Andy. Nada me importa. No volveré a pensar en ese tiempo que estuviste muerto. Si me dejas seguir a tu lado, no me importa nada. Pase lo que pase, yo seguiré contigo.

Después de confesar aquello, corrió a refugiarse en el coche. Ya

estaba sentada frente al volante cuando Andy Baday se acomodó a su lado.

Durante varios segundos se miraron en silencio. Las llamas que devoraban el lujoso almacén, ponían reflejos rojizos en sus rostros.

—Andy... —susurró Doris—. Yo te amo. Por favor, di que podrás soportarme.

Andy no dijo nada. Se limitó a besarla.

Fue un beso largo, cálido, tal vez porque estaba como envuelto en fuego.

—Andy...

—Sí, preciosa, vámonos. No aguanto seguir aquí ni un segundo más.

Doris giró la llave del encendido con dedos temblorosos. Luego puso en marcha su viejo coche.

Andy se volvió a mirar la gigantesca antorcha que dejaban tras de sí. Absolutamente nadie les había prestado atención.

Todo el mundo estaba pendiente del pavoroso desastre que estaba aniquilando los más lujosos almacenes de la ciudad.

Capítulo 3



L enorme y plateado autobús de largas distancias, con el galgo en pleno salto pintado en los costados, se detuvo ante la estación, con largos silbidos de sus frenos de aire.

Los cansados viajeros empezaron a descender. Algunos habían llegado al final de su viaje. Otros, solamente buscaban un rato de descanso y una hamburguesa. Y otros, un buen trago de *whisky*.

Era de noche, las luces multicolores de la estación de autobuses iluminaban la zona circundante. Un viejo coche cubierto de polvo se detuvo en la parte más oscura. Doris Kleman, agotada por el cansancio se echó sobre el volante, mirando de reojo a la estación.

Así vio cómo Andy descendía del autobús, y una sonrisa embelleció el cansado rostro de la mujer.

—No lo he perdido aún —se dijo.

Había sido muy difícil seguir al veloz autobús, demasiado potente para su coche. Había conducido durante horas siguiendo la ruta del autobús, temiendo que el motor de su vehículo reventara de un momento a otro. Lo alcanzaba gracias a las paradas en las estaciones, y siguiendo su recorrido en una mapa de la Compañía. Buscando siempre a Andy en las estaciones, temiendo no encontrarle, que se hubiera perdido en algunas de las ciudades de la ruta.

Pero estaba allí y, al parecer, se quedaba, puesto que aguardaba ante el portón de los equipajes, hablando con el empleado.

Doris se puso muy nerviosa, su cansancio desapareció. Tenía que buscar un aparcamiento para su coche. ¿Qué sitio era aquel? En el anuncio de la estación lo vio: «Alberta. Texas. 305 habitantes».

Doris tenía miedo de que Andy pudiera verla. Se había despedido de ella bruscamente poco después de que él saliera de entre las llamas en el incendio del almacén. Y se había despedido secamente, de un modo definitivo, negándose a decir a dónde iba y qué pensaba hacer.

¡Salir de entre las llamas! Así había sido, posiblemente caminando entre ellas sin chamuscarse ni el pelo. Doris se estremeció, tenía miedo, pero no deseaba perderle.

Desde el coche vio un lugar donde podía dejar el vehículo. Lo llevó hasta allí, con miedo de perder a Andy. Pero cuando corrió hasta la

estación, lo encontró en el bar.

Suspirando con alivio, Doris Kleman se ocultó, apostándose en un lugar desde donde podía verle. Y estuvo esperando.

★ ★ ★

La gruesa mujer, vestida con ropas no demasiado limpias, miró a través de la puerta de fina malla metálica que impedía el paso de los mosquitos, que en aquel lugar eran muy abundantes, al hombre que había llamado.

Lo miró largamente, con gesto de disgusto. Y, sin abrir la puerta, indagó:

—¿Qué quieres? ¿Vienes a devolver el dinero que nos robaste?

El hombre contestó.

—Usted sabe muy bien que no me llevé nada que no fuera mío. ¿No va a dejarme pasar?

—No. Puedes irte. No tienes nada que hacer en esta casa.

—¿No está Alan? —inquirió él.

—Ha ido a Alberta a llevar la leche. Y él tiene aún menos deseos de verte que yo.

Andy Baday sonrió amistosamente, iluminando su hermoso rostro de candor.

—¡Pobre Alan, es mucho trabajo para él solo! Ahora comprendo que cuando ustedes me recogieron, solicitando mi custodia al Estado, se vieran obligados a hacerme trabajar tanto.

La gruesa y sucia mujer achicó los ojos, dudando. Luego decidió mostrarse amable.

—Me alegro que lo comprendas. Tratamos de cuidarte como si hubieras sido nuestro hijo... Eso es algo que nunca podrás negar.

—Sí, lo sé. Era natural que les ayudara en los trabajos de la granja, un hijo auténtico lo habría hecho. Por eso, cuando me di cuenta de que pasaba por Alberta, quise venir a saludarles, a los dos. Sobre todo al buen Alan...

La mujer suspiró.

—Has crecido, estás muy guapo, Andy. Parece que te van bien las cosas. Alan era severo contigo, pero no tenía más remedio. ¿Te das cuenta? A tu edad es necesaria la severidad. Aunque, la verdad, cuando te fuiste, Alan lo sintió mucho. ¡Y no lo digo por el dinero que te llevaste! No, era porque te había cogido mucho cariño.

—Lo comprendo todo. Recuerdo mucho a Alan, sentado aquí en el porche, vaciando cajas de botes de cerveza que compraba con el cheque que recibía para pagar mi manutención, mientras yo limpiaba una y

otra vez el establo, ordeñaba, llevaba la leche al pueblo, y segaba el pasto... Lo recuerdo bien... Y no he podido olvidar aquellos desperdicios de comida que encontraba por la noche en mi plato. ¿Es que no va a invitarme a pasar, querida señora Morgan?

La mujer dejó de sonreír al oír las palabras del joven. Andy gritó de pronto.

—¿No piensa abrir esta puerta, maldita vieja? ¡Ábrela, estúpida!

Ella retrocedió, cuando Andy golpeaba la frágil puerta mosquitera, arrancándola del marco, y lanzándola al centro de la cocina. El joven, sin mirarla, se dirigió al frigorífico y lo abrió, para tomar una cerveza. Abrió el envase tirando con los dientes de la anilla, y después se sentó en la mecedora de Alan, diciendo:

—No quiero irme sin saludarle. Le esperaré. Ya verá cómo Alan se alegra mucho al verme.

La mujer, muy pálida, salió corriendo de la cocina. Escapaba al encuentro de su marido, Andy lo sabía. Estuvo mirando en torno suyo. En aquella apestosa casa había vivido más de un año, sufriendo el trato más brutal, y la miseria más negra. Recordaba muy bien cómo caía rendido por las noches, sobre el jergón de hojas de maíz, en el altillo del establo, agotado por el brutal trabajo y la falta de comida.

Cerró los ojos, balanceando la mecedora. No tenía prisa. Sonreía imaginando a la gorda mujer corriendo por el camino. Luego, pasado un tiempo, oyó el sonido de la vieja camioneta de la granja.

Entonces se levantó de la mecedora. Sabía cuánto tardaría en llegar Alan. Porque, cuando vivía en aquella casa, solía ir a la cocina en ausencia del matrimonio para robar un poco de comida, y había cronometrado el tiempo de que disponía cuando empezaba a oír el motor de la furgoneta.

Sin darse mucha prisa salió de la casa y, cruzando la explanada, se dirigió al establo. Todo estaba sucio, descuidado, faltar de pequeñas tareas de conservación. Montones de basuras, de cajas, por todos lados. La maleza se apoderaba de los rincones.

El establo era muy amplio, pero estaba lleno de goteras, y una esquina se había hundido, sin que el dueño se hubiera molestado en apuntalarlo.

Las vacas también estaban sucias. El aparato de ordeño automático colgaba del carril central, pringado de boñiga.

Había unas cuarenta vacas de buena raza con las cabezas aprisionadas en los collarones de tubo de acero, alineadas ante los comederos de carrillón. Todas le miraron dulcemente.

Andy Baday avanzó entre los comederos, pisando la suciedad. Al fondo estaba la montaña de pacas de heno, y también el barril de

«keroseno» para las lámparas. Al otro lado del muro, el tanque de gasoil, para el motor que accionaba la instalación mecánica del establo.

Andy se quedó mirando un farol colgado del muro. La mecha ardía con una llama roja, alegre.

Las pupilas del joven parecieron ser captadas por aquella llama que se reflejaba en ellos. Los ojos de Andy se volvieron también rojos, se quedaron fijos, con las pupilas dilatadas.

Era como si aquella pequeña llama le atrajera de un modo especial. Parecía haber perdido la noción del tiempo. Aunque la camioneta del granjero continuaba acercándose y posiblemente ya su esposa hubiera subido en ella exigiéndole darse prisa.

Andy se acercó al farol, abriendo la portezuela. Luego introdujo una mano y «acarició» la llama con delectación, dejando que recorriera sus dedos, que se concentrara en el hueco de la palma.

Sonreía feliz.

Luego se volvió y quedó quieto, mirando el barril de combustible.

Lo miraba con fijeza. Su rostro se hizo duro, el gesto reconcentrado. Los ojos no parpadeaban, las pupilas se habían dilatado aún más.

Estuvo así unos segundos. De pronto, por el borde de la tapa del barril comenzó a salir un poco de humo muy blanco. Y, después, el barril reventó.

Fue una explosión muy violenta. Luego las llamas envolvieron el barril y se lanzaron con avidez sobre las pacas de heno reseco, y treparon por los viejos maderos de la armadura, y corrieron velozmente sobre el entramado del tejado.

Las vacas empezaron a mugir, a tirar de los collarones, a patalear, resbalando sobre la paja húmeda y cayendo al suelo con torpeza.

El fuego se extendía por el tejado; caían maderos ardiendo sobre los pobres animales aprisionados, y sobre la paja aún seca. Todo ardía, todo reventaba, entre estallidos de tubos. La maraña de conducciones de plástico del sistema de ordeño saltaba como serpientes, se enroscaba, se fundía, se partía con grandes chasquidos...

Andy continuaba quieto, rodeado por el fuego. Miraba a las llamas con el rostro resplandeciente de felicidad. Parecían tocarle suavemente, pasaban entre sus largas piernas... Caricias ardientes que no le dañaban.

Cuando ya el establo entero era una hoguera, y las vacas, entre mugidos, se retorcían en el suelo, y el olor de la piel y las carnes quemadas era más intenso aún que el del fuego, Andy salió del establo y, con la misma calma, volvió a la casa.

La mecedora, que en verano el ganadero sacaba al porche, se balanceaba en el centro de la cocina. Andy parecía relajado, meciéndose en ella, mientras la cocina se volvía roja por efecto de la enorme hoguera del establo, del que aún llegaban los mugidos de agonía de algunas de las reses.

Por lo demás, el ruido de la furgoneta era ya muy cercano. Andy sonrió al escuchar cómo el vehículo patinaba al desviarse para enfilarse el camino del establo.

Imaginaba los rostros espantados de los «padres adoptivos». En el establo estaba toda su fortuna. Oyó un alarido de Alan, un frenazo y luego gritos de los dos, maldiciones del hombre, sollozos y gritos agudos de su esposa.

Andy continuaba balanceándose en la mecedora. Había abierto otra lata de cerveza. Tenía en los ojos el reflejo de las llamas.

Luego, la mujer exclamó:

—¡Ha sido él, te dije que me atacó, ha vuelto para vengarse de nosotros! ¡Estamos perdidos, todas las vacas han muerto, Alan! ¡Tú tuviste la culpa, abusaste demasiado de ese chico, lo querías todo para ti!

—¡Maldito bastardo! ¡No puede estar lejos! ¡Lo cazaré como a un coyote, voy a buscar mi rifle! ¡Te digo que le mataré, le destrozaré la cabeza, eso pasa por aceptar en casa a cualquier hijo de perra!

—¡Haz algo por el ganado! —chilló la mujer, desesperada.

—¡Imbécil, está todo abrasado, no puedo hacer nada! ¡Solo puedo matar a ese loco incendiario, y es lo que voy a hacer!

Los pasos de sus gruesas botas se acercaron a la carrera hacia la casa. Penetró en la cocina como una tromba, tan cegado por la rabia y la desesperación, que ni siquiera vio a Andy. Cruzando la cocina desapareció y, antes de que volviera, su mujer aparecía en la puerta, y tras mirar a Andy con horror, decía:

—¡Estás aquí! ¡Pero tú... no eres el mismo Andy! ¡Tienes fuego en los ojos!

Alan volvió a entrar en la cocina como un elefante a la carga. Tenía en sus manos una vieja carabina. Y se dispuso a apartar a su mujer de la puerta, violentamente, cuando ella gritó, señalando a Andy.

—¡Está ahí, en la mecedora, mírale, tan tranquilo, bebiendo tu cerveza!

Alan se volvió. Era un hombre grueso y de cara rojiza, la faz de un alcohólico empedernido. Al ver al joven, al darse cuenta de su calma, de su insolencia, quedó mudo y quieto, apretando el arma, que ni siquiera había dispuesto para disparar poniendo una bala en la recámara. Vociferó.

—¡Tú! ¡Tú has venido para arruinarnos, bastardo, después de que compartiste nuestra comida y nuestro techo!

—Creo que solo compartí su trabajo, viejo. Quizá pudiera aún darme una parte del dinero que me robó.

—¿Darte dinero, incendiario? ¡Voy a matarte ahora mismo...!

—¡No le mates, te meterán en la cárcel! —gritó la mujer—. ¡Vamos a llevarle al *sheriff*, los incendiarios se pudren en las cárceles! ¡Es mejor que le llevemos a Alberta!

Andy les miraba, sonriendo. Dijo:

—Ha sido un bonito fuego. Siempre le dije que era desagradable para los animales esos collares de acero. Ya ve, ni uno solo pudo soltarse...

Alan maldijo entre dientes. Andy le estaba mirando fijamente, sin dejar de sonreír. Alan tiró con fuerza del cerrojo del arma para colocar la primera bala ante el percutor. Pero, entonces, el arma se puso casi al rojo, la madera de la culata empezó a arder y el acero quemó las manos del hombre, que tuvo que soltar la carabina, dejándola caer.

Su mujer le miraba con estupor. Andy se había levantado de la mecedora. Parecía más alto. Sus extraños ojos tenían una luz que era como el reflejo del gran fuego del establo. Alan musitó:

—Vete... no voy a denunciarte. Vete ahora mismo, déjanos en paz, ya nos has hecho bastante daño. Vete, por favor...

Su mujer no comprendía nada. Con voz aguda chilló.

—¡Estás loco! ¡Debe llevar dinero, mira sus ropas! ¡Tiene que pagarnos, nos moriremos de hambre...! ¡Nos ha arruinado!

Alan negó.

—Que se vaya... que se vaya. ¡Por Dios, chico, deja de mirarme de ese modo! ¡No puedo soportarlo! ¡Vete, maldito sea!

Lanzó un grito de terror. Luego, su rostro se deformó como si un dolor muy vivo, un dolor insoportable, se hubiera hundido en sus entrañas. Gimió, mientras su frente se cubría de sudor. Después se dobló, oprimiendo el vientre con las manos.

Y, mientras eso sucedía, continuaba mirando a Andy, continuaba mirándole con el mismo terror en los ojos, sin poder apartar su mirada de las rojizas pupilas de Andy Baday, dilatadas y fijas.

Su mujer le cogió de un brazo, preguntando.

—¿Qué te sucede? ¿Es que te vas a poner enfermo ahora, mientras un canalla quema tu ganado? ¿Por qué le miras de ese modo?

Alan musitó.

—El fuego... me está abrasando por dentro... Tú eres el fuego, Andy... tú quemaste el establo con la mirada. ¡Andy, deja de mirarme de ese modo, el dolor es horrible!

Andy inició una sonrisa cruel, antes de decir:

—¿Sabes, Alan? Cuando descubrí que tenía este poder, pensé en ti. En cómo me gustaría verte arder poco a poco, primero tus entrañas de piedra, luego todo lo demás... Recordé que eras un monstruo de egoísmo y que, antes que a mí, habías explotado, torturado y robado a otros muchos infelices. Por eso he venido, Alan. Lo del establo ha sido tan solo un entretenimiento. Me gusta el fuego, me conforta su calor, me estimula su luz y su brillo...

Alan agrandó mucho los ojos. Su rostro se puso completamente rojo, se inflamó de un modo horroroso. El pelo, acartonado por la suciedad, empezó a humear. Y, al fin, el hombre lanzó un alarido terrible y, por su enorme y abierta boca, brotó una pequeña llamarada, y un hedor de carne quemada, insoportable.

Mientras la mujer se apartaba, tambaleándose, Alan se irguió, el pecho ensanchado, las manos engarfiadas. Las venas del cuello reventaron, y la sangre, humeante, saltó con fuerza. En su cuerpo todo crepitaba, reventaba bajo el tremendo calor que parecía devorarlo interiormente.

De pronto los ojos se deshicieron, se desmenuzaron, dejando los negros boquetes de las órbitas. Y, al mismo tiempo, el pelo comenzó a arder, el cráneo saltó con un gran ruido, y al momento una gran llamarada, que parecía brotar del suelo, envolvió al grueso cuerpo, mientras Alan Morgan lanzaba el último alarido.

El cuerpo cayó de rodillas. La carne se fundía mientras la grasa se deslizaba sobre las tablas del suelo con un olor espantoso. Y como la grasa ardía, transmitía el fuego a todo lo que rodeaba el cuerpo.

Alan fue encogiéndose, endureciéndose, convirtiéndose en una figura oscura y casi pétrea, en torno a la cual crepitaban alegremente las llamas.

Andy Baday retrocedió un poco, contemplando con satisfacción su obra. La mujer de Alan Morgan, inmovilizada, continuaba contemplando cómo su marido se consumía, sin advertir que el fuego que corría por el piso de madera ya estaba bajo ella, prendiendo sus ropas sucias de las grasas de la cocina.

Cuando las llamas ascendieron entre sus piernas, la mujer empezó a gritar y salió de la cocina. Al correr, avivaba el fuego que encontraba buen combustible en sus ropas.

Corría hacia la furgoneta, tratando de encontrar alocadamente, alguna clase de ayuda. La furgoneta estaba abierta y el motor en marcha. Alan no lo había apagado en su prisa por llegar al establo.

Andy se quedó en la puerta de la cocina, viendo a la mujer sentarse en el vehículo, ponerlo en marcha. Las llamas se alzaron por la

ventanilla. Unos instantes, y la furgoneta estallaba. Primero saltó la cabina, en la cual siempre llevaba Alan bidones de reserva. El vehículo siguió rodando hasta empotrarse en un árbol, y allí ardió por completo.

De la mujer solo quedó un trozo de vestido prendido en una rama, agitándose por el aire caliente que ascendía desde el coche en llamas.

Andy hizo un gesto de disgusto.

—Me habría venido bien la furgoneta para llegar a la ciudad. Pero alguien me llevará.

Aún contempló el fuego de la casa; ya estaba ardiendo todo. Sí. Todo ardía por dónde Andy pasaba. Cuando se alejaba hacia la carretera, sonriendo, sus pupilas fueron normalizándose, hasta que sus ojos volvieron a ser bellos, tranquilos, tan azules como el cielo bajo el que caminaba.

Tenía la belleza de un ángel.

★ ★ ★

Se había detenido en la mitad de una larga recta. Con ademán indolente alargaba la mano derecha, indicando su intención de ser recogido por un vehículo.

El leve aire agitaba su hermoso pelo, las mechas suaves de varias tonalidades rubias. El primer coche que se acercó, un sedán anticuado, cubierto de polvo, frenó ante él.

Una portezuela se abrió.

—¡Sube, por Dios! ¡Date prisa! —dijo una voz conocida.

Andy se inclinó en el interior del coche. Doris Kleman le miraba con angustia. Estaba muy pálida. El preguntó, impaciente.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Es que me has seguido? ¿No dije que te alejaras de mí para siempre? ¿Es que no voy a perderte de vista?

—¡Por favor, sube! —pidió ella cogiéndole por una mano—. ¡Deprisa, deprisa! ¿Quieres, acaso, que te detengan?

Él sonrió, intrigado.

—¿Por qué? No es delito caminar por la carretera, ni parar un coche. No recuerdo haber hecho nada malo.

—¡Dios mío, mira hacia allá, el fuego se ve desde muy lejos, llegarán policías y bomberos, sube antes de que te encuentren!

Andy la miró con un principio de frialdad. La miró fijamente:

—¿Qué sabes de mí, preciosa? ¿Por qué me sigues? Me salvaste la vida, pero supongo que eso no te hará creer que estás obligada a cuidarme como a un niño. ¿Por qué me relacionas con ese fuego?

—¡No lo sé! ¡No sé quién eres, y temo que prefiero no saberlo! Creo que tú eres el fuego; en aquellos almacenes saliste de entre las llamas, y

ahora has estado en esa granja y la dejas en llamas, también. ¡Tú llevas el fuego y la muerte, losé! ¡Pero no me importa, estoy loca, no me importa nada, solo quiero estar a tu lado, seas quien seas, Andy! ¡Sube, por favor, sube, si te pasara algo me moriría!

El hizo más intensa la mirada. Sus pupilas se dilataron un poco. Doris le miró, enmudeciendo. Le miraba con miedo, con terror, pero, aun así, con todo el amor, con el amor que había acumulado a lo largo de su vida sin amor.

Fue un instante. Luego, la mirada de Andy se dulcificó, y entró en el coche, diciendo con alegre desenvoltura.

—Ya veremos lo que puedo hacer contigo. Vamos a Alberta, si eso es lo que quieres. ¿Sabes de algún sitio donde podamos descansar?

Ella se sofocó, y sus ojos brillaron con entusiasmo.

—¡Sí, Andy, una cabaña en un motel! Podrás ducharte y descansar, dormir si lo prefieres, Yo haré lo que tú quieras... todo lo que tú quieras...

Andy la besó. Sus labios ardían, casi quemaban.

Capítulo 4



L viejo y valeroso coche de Doris continuaba rodando dos días después, camino de Dallas.

Habían sido dos días maravillosos para Doris, durante los cuales recuperó al mejor Andy, al joven impetuoso, rebelde y, al mismo tiempo, tierno, que ella conociera aquella noche en su pequeño apartamento.

Ahora viajaban hacia Dallas, y Andy se había vuelto hosco, y contestaba con sonrisas tibias a las preguntas de la joven.

—¿Vas a buscar trabajo en Dallas? —le preguntó Doris en una de las ocasiones.

Él contestó con otra pregunta.

—¿Cuánto dinero tienes?

Ella se apresuró a abrir su bolso y sacar un fajo, no muy grueso, de billetes.

—Toma —ofreció.

Él la miró con un poco de burla, bailando en sus ojos.

—¿Es todo lo que tienes? ¿Me das todo tu dinero?

—Retiré lo que tenía en el banco, sí; te lo doy si lo necesitas. Anda, tómalo. Es tuyo.

Andy murmuró.

—Guárdalo. Sé cómo conseguir dinero cuando lo necesite, y no de una mujer. ¡Estás loca! ¿Qué harías sin dinero y sola en una ciudad desconocida?

—Estoy contigo —dijo ella—. Con eso, me basta.

—Estás loca, sin duda. Sabes lo que sucedió en esa granja, ¿verdad? Sabes quiénes eran. ¿O no lo sabes?

—Sí; una de las familias que se portó mal contigo.

—Entonces... Piensa que puedo ir en busca de otras personas que me hicieron tanto daño de muchacho y de niño, para destruirlas también. ¿No te importa?

Doris empezó a llorar, volviendo la cabeza.

—Sí me importa, no quiero que lo hagas, debes olvidarlo, olvidarlo todo.

—Sabes muy bien que no lo haré. Así que, en cuanto lleguemos a

Dallas, llenas el depósito de gasolina y te vuelves a tu casa. A menos que quieras seguir ayudando a un asesino.

Ella lloraba en silencio. Susurró:

—No quiero ayudar a un asesino. ¡Quiero estar a tu lado! ¿Qué vas a hacer en Dallas?

—Es preferible que no lo sepas, preciosa. Pero, en cualquier caso, no haré daño a ninguna persona inocente. ¿Te basta eso?

Ella no contestó. Después de unos momentos, dijo:

—Habría sido mejor para mí no haberte conocido...

—¡Bueno, eso se solucionará fácilmente! —dijo Andy.

Y abrió la portezuela del coche. La joven lanzó un grito de espanto, pisando los frenos y soltando el volante, para sujetar al joven por la ropa.

El coche empezó a dar bandazos. Finalmente se detuvo junto a un árbol. Andy reía a carcajadas mirando a la asustada joven. Ella se abrazó a él, sin dejar de llorar.

★ ★ ★

El despacho era sombrío, con muebles antiguos y poco cuidados. La única ventana, que daba a un gran patio, no contribuía a hacerlo más grato, debido a la reja de gruesos barrotes que la cerraba.

Por las paredes había fotografías obsoletas, con grupos de hombres vestidos de uniforme. Y diplomas de diferentes entidades. Encima de un gran fichero metálico, una fila de trofeos deportivos, amarillentos y ladeados.

El hombre que trabajaba tras de la gran mesa, con el tablero muy rayado, no parecía dejarse influir por el ambiente. O, diciéndolo mejor: Era parte total del ambiente. Vestía ropas demasiado grandes, algo vetustas, arrugadas. Era grueso, sudoroso. De esos hombres que, aun en pleno invierno, parecen estar siempre cubiertos de sudor.

Mantenía un gesto siempre hosco. Su trabajo no era sencillo, y él lo convertía en odioso gracias a su carácter. Era, sencillamente el alcaide de una cárcel menor, de una prisión correccional para pequeños y juveniles delincuentes.

Estaba anotando informes que le habían pasado sus hombres en las grandes fichas de sus «clientes». Era su trabajo preferido. Si le decían que un interno había cometido alguna pequeña indisciplina, se las arreglaba para que la nota en la ficha reflejase algo mucho más grave.

Y cuando conseguía una nota brillante, sonreía satisfecho.

Llamaron a la puerta y el alcaide gruñó:

—¡Entre!

Un vigilante abrió la puerta, diciendo tímidamente.

—Señor alcaide. Una visita.

—¡No se aceptan visitas fuera de las horas establecidas! ¿Es que no lo sabe aún? ¿No se lo he dicho mil veces?

—Es... una visita para usted, alcaide.

El alcaide guardó el expediente.

—¿Quién es? ¿No le ha dado su tarjeta?

—Se llama Andy Baday. Dice que estuvo cumpliendo aquí condena, y que desea...

El alcaide abrió precipitadamente un cajón de su mesa, sacando un gran revólver. Casi en el mismo momento, Andy entraba en el despacho, apartando con suavidad al visitante y diciendo alegremente.

—¡Buenos días, señor alcaide! ¿Se acuerda de mí? Andy Baday. Estuve aquí hace tres años... No sabe las ganas que tenía de volver a verle.

El alcaide le miró hoscamente.

—Sí, me acuerdo de ti. ¿Qué es lo que quieres? Te advierto que, a la menor violencia, aunque sea verbal, te pongo una denuncia y te pasas un año explanando el campo de deportes.

—¡Por fin hacen el campo! ¡Estupendo! Le ruego que no me reciba con hostilidad, señor Hamilton. Mi visita es amistosa, de agradecimiento. Me dije: cuando consigas situarte en la vida, Andy, tienes que ir a ver al señor Hamilton, para agradecerle lo que hizo por ti. Porque ahora he comprendido que su severidad era necesaria y beneficiosa para enderezar a un chico como yo, que había caído en la más completa anarquía. Sí, aunque tarde, las cosas buenas siempre se reconocen.

El alcaide Hamilton le miraba con desconfianza, sin apartar su mano derecha del revólver. De pronto, se dio cuenta de qué Andy estaba bien vestido y que parecía próspero. Hizo una seña al vigilante para que se fuera. A lo mejor, aquel tipo había progresado y si era así, no estaba de más mostrarse amistoso.

—Salga y no cierre la puerta. Bien, Andy, de modo que has triunfado en la vida. Es una sorpresa. Yo siempre creí que estabas destinado al hampa. Perdona que te lo diga... Pero me alegro de haberme equivocado.

—Estoy seguro de que fue mi estancia aquí lo que me salvó. Los chicos no escuchan, alcaide. Cuando usted nos hablaba en el comedor con la necesaria sinceridad, sin blandenguerías, ellos preferían no oír. Pero yo fui poco a poco comprendiendo que usted cumplía una digna misión. Cuando me pusieron en libertad, acudí a una Sociedad de ayuda para estos casos. Me prepararon duramente. Entré a trabajar en

el banco de uno de los protectores. Ahora vengo a Dallas para ocuparme de una nueva oficina. ¡Soy otro hombre y se lo debo a usted, señor Hamilton, solo a usted!

Avanzó hacia el alcaide, tendiéndole una mano. Hamilton tuvo un instante de recelo y luego la estrechó, mientras con la otra mano deslizaba el revólver hacia el cajón, gruñendo:

—Me alegro mucho, Andy. De verdad.

Andy sonreía feliz. Con el dinero que le quedaba y la ayuda de Doris, se había vestido con elegancia, y el resultado era magnífico. Su hermoso pelo, reluciente, suavemente perfumado, le caía sobre los bellos y brillantes ojos.

—No quiero molestarle, jefe. ¿Continúan aquí Harvey y López? ¿Está todavía el superintendente Martin?

—Harvey murió —dijo Hamilton, sin añadir, por considerarlo innecesario, que su hígado había acabado convertido en una esponja que ya no absorbía más alcohol.

—¡Cuánto lo siento! Usted sabe que el pobre Harvey tenía fama de sádico. ¡Nada más injusto! Era consciente de su deber cuando algún interno era conducido a las celdas de castigo que él atendía. Lo siento mucho. Yo... había pensado que quizá usted, y los señores López y Martin aceptarían una invitación para cenar. ¡Me gustaría tanto que pudieran comprobar cómo uno de sus muchachos se ha regenerado, y se ha hecho útil para la sociedad! Por lo demás, al frente del banco, querría serles útil para cualquier cuestión de créditos o de hipotecas... Había pensando que me harían el honor de cenar conmigo esta noche en el «Starlong», una cena entre viejos amigos, en un comedor privado...

Hamilton que jamás había puesto los pies en el «Starlong» se puso rojo de alegría. Su pequeño y astuto cerebro empezó a funcionar a toda velocidad. ¡Un director de banco amable y asequible! Podía resultar una mina. Estaba bastante endeudado y aquello podía resultarle muy beneficioso.

—Eres muy amable, Andy. Perdón, muy amable, señor Baday. Tendría que organizar las sustituciones, pero...

—Por favor, señor Hamilton. Demuéstreme su simpatía, seguro que podemos reunirnos los cuatro esta noche. Les debo esa intención.

Hamilton ensanchó su sonrisa.

—¡Conforme! ¡Nos veremos en el bar del «Starlong» a las ocho!

★ ★ ★

El comedor era elegante, con las paredes empaneladas con madera

oscura, luces suaves y alfombras orientales. La reunión parecía alegre. Los cuatro hombres, en torno a una mesa capaz para una docena, comían y bebían entre risas y bromas.

Andy había indicado a los camareros que se retirasen, después de servir el último plato. Los camareros estaban acostumbrados a aquellas cenas privadas y sabían que los comensales preferían estar solos.

Hicieron algún comentario, en voz baja, sobre el aspecto de tres de los comensales. Luego los dejaron solos, como deseaban.

Andy se había mostrado encantador. Cuando bebían el «brandy», miró a Martin, que era un hombre delgado y con mal color, y que en sus tiempos hacía en el correccional de sicólogo, sin título para ello, y enviaba a los reclusos a las secciones duras o soportables, según su capricho.

—Martin, tiene usted muy buen aspecto. ¿Continúa padeciendo del estómago?

—Sí, por desgracia. Pero esta noche no me importa excederme.

—Recuerdo muy bien que todos sabíamos cuándo sentía usted dolores, Martin. Porque enviaba usted a las celdas de castigo al primero que se le ponía por delante. Una vez me tuvo quince días en un cubículo en el cual no podía ni sentarme, sobre mis propios excrementos, porque le dolía mucho el estómago. Me perdonará si le digo que no me gustó. Yo no había hecho nada. Usted era un maldito cerdo, Martin, y me imagino, viendo el color de su cara, que ahora será peor.

Martin palideció, dejando de sonreír. Luego miró a Hamilton con sorpresa. Este intentó reír, aunque estaba desconcertado.

—¡Andy! ¿Qué es eso? ¿Qué bicho te ha picado?

Andy se puso en pie. Ya no sonreía. Sus ojos habían perdido el tono azul brillante. De pronto, les pareció a los tres invitados que era otra persona. Y, desde luego, una persona bastante desagradable.

—¿Creen ustedes tres que alguien puede olvidar la clase de torturas que aplican a sus víctimas? Usted, Hamilton, es un maldito ladrón que se está enriqueciendo, o que se estaría enriqueciendo si no jugara tanto al póker. Usted roba parte de la asignación para comida, con la ayuda de los demás. Usted ni siquiera facilita a la enfermería los medicamentos que el Gobierno paga. Y si Martin encierra a los pobres chicos cuando le molesta su úlcera, usted los provoca hasta hacerlos rebelarse, y entonces les propina, personalmente, las más soberanas palizas, cuando la noche anterior ha perdido al póker. En cuanto a usted, López, nunca he podido olvidarle. ¿Recuerda cómo me perseguía en los roperos, a los cuales me enviaba con cualquier disculpa, para que accediera a sus delirios sexuales? ¿Recuerda cómo, para vengarse, se

«olvidaba» después de servirme la comida? ¿O cómo inundaba mi celda de agua fría? ¿Lo recuerda, maldito cerdo?

—Pero Andy, tú dijiste que... —tartamudeó el alcaide.

López gritó, histéricamente, con voz tan aguda que denunciaba su secreto.

—¡Eso es falso, no soy homosexual! ¡Está mintiendo, jefe!

Hamilton gruñó:

—¡Cállate, imbécil! Nos tiene sin cuidado si persigues a los chicos para acostarte con ellos, todos lo saben. Esto es más serio. Este chico nos ha traído aquí, con engaños, para insultarnos, para vomitar su sucia bilis de resentido. ¡Ahora me doy cuenta!

—No. Nada de eso, señores. No soy de esos ingenuos que se conforman con un pequeño desahogo verbal. No. Durante estos años he planeado volver para hacerles pagar todo lo que me hicieron, y solo siento que Harvey se me haya escapado. A veces me preguntaba cuál era la razón que podía impulsar a una persona a ser carcelero, sobre todo de jóvenes y niños casi siempre inocentes. Ahora ya lo sé: la simple maldad. La impotencia. La crueldad y el sadismo.

Hamilton apartó la silla, diciendo bruscamente.

—Gracias por la cena. Yo sabía que un delincuente como tú no podía regenerarse. ¡Ninguno puede! ¡Son solo basura, escoria de la sociedad, malditos bastardos dejados en la inmundicia por sus propias madres! ¡Vámonos! ¡Si tratas de detenernos, Andy, te aplastaré!

Andy les miraba. Se había apartado hacia el fondo del comedor, y parecía feliz. Ya sus tres invitados abandonaban la mesa, y hablando con enfado, se dirigían hacia la gruesa puerta, encabezados por el estallante Hamilton.

Sus palabras eran groseras, brutales. En un momento, Hamilton se volvió, para mirar al joven y decir:

—¡Y no creo que ahora seas una persona honrada! ¡Si pudiera tenerte una noche en nuestros calabozos, te sacaría a golpes la verdad de tu vida! ¡Pero tu próximo encierro será en un penal!

Andy continuaba impasible. Ahora no les miraba a ellos. Miraba a la gruesa puerta forrada de cuero y claveteada, que los tres hombres se disponían a abrir. López alargó una mano para mover el pomo.

En aquel momento, una llamarada alegre brotó de la puerta, y corrió velozmente sobre el forro de piel, como si fuera una superficie de gasolina. López se apartó, con una exclamación de sorpresa, mientras Hamilton le gritaba.

—¿Qué has hecho, imbécil? ¡Abre esa puerta!

—¡Está ardiendo! —exclamó desconcertado el aludido.

El fuego ya había prendido la madera. Lamía el marco y ponía una

especie de telón de fuego ante la puerta.

—Es inexplicable —dijo Martin, el más sereno de los tres—. Ha ardido como por generación espontánea.

—¡Déjate de observaciones científicas y apártate; yo la abriré, antes de que el humo nos ciegue!

Hamilton llegó a tocar el pomo, pero se había puesto casi al rojo y la quemadura le hizo gritar de dolor. Se volvió, furioso.

—¡Creo que tú tienes algo que ver con esto, Andy! ¡Muy bien, irás a la cárcel, y yo me ocuparé de que te den en ella un trato muy distinguido! ¡Vamos, venid, habrá otra salida! —dijo.

Andy murmuró:

—No. Ni tampoco ventana alguna. Es el comedor más reservado y discreto, para reuniones muy privadas, lejos de los demás, y completamente insonorizado. A prueba de escuchas indiscretas. Aquí se han planeado negocios y maniobras políticas muy delicadas. Tendrán que salir por esa puerta. Y deprisa; el fuego se extiende.

El fuego, en efecto, ya había prendido en la gruesa alfombra, que ardía sin llama. Pero, bajo ella, las enceradas y viejas maderas crepitaban con fuerza. Y los paneles de las paredes también empezaban a ser presa del incendio.

Antes de que los tres hombres decidieran algo eficaz, el frente de la habitación, el panel en el que se encontraba la puerta, ardía entero.

Y el humo comenzaba a hacer irrespirable el aire del saloncito.

Los tres carceleros empezaron a moverse de un lado a otro, mientras Andy les observaba.

—Es desagradable, sí —dijo—. Morir quemado... Si tienen suerte, el humo les hará perder el sentido antes de que sus cuerpos empiecen a arder. Pero lo dudo, hay un buen sistema de aireación, creo que, antes de morir, van a sentir en sus carnes lo que es el dolor. Una especie de condensación de todas las torturas que han hecho experimentar a sus víctimas durante tantos años...

Hamilton se volvió hacia él, agresivo.

—¡Estás loco! ¡Has preparado un combustible en esa puerta, pero tú tampoco saldrás vivo de aquí!

—¡El tubo de la ventilación, salgamos por ahí! —dijo Martin.

Corrieron los tres hacia la gran rejilla. Para llegar a ella, Martin se subió a un pesado aparador. Mientras tanto, López había empezado a pedir ayuda a gritos, olvidándose del aislamiento sonoro del local.

Por lo demás, al otro lado de la puerta en llamas había un pequeño vestíbulo y otra puerta, por lo que el fuego tardaría mucho en ser advertido desde los corredores.

Martin sujetó la rejilla, tratando de despegarla del marco. Andy

lanzó una rápida mirada hacia el mueble sobre el que se encontraba. El aparador pareció estallar en una apagada explosión, y el fuego brotó de su interior, envolviéndolo.

Las llamas prendieron en la ropa de Martin, que, soltando la rejilla, saltó al suelo, para revolcarse sobre la alfombra tratando de apagar el fuego mientras gritaba aterrorizado.

López fue el único que intentó ayudarle, echando sobre él el contenido de una jarra de agua. Martin rugía de dolor. Muchas de sus ropas eran acrílicas y se fundían, causando terribles quemaduras, pegándose a su piel.

Hamilton parecía de pronto haber abandonado. De pie en el centro del local, contemplaba con asombro cómo Martin ardía, cómo las llamas se apoderaban de sus manos, brotando en largas llamaradas de entre sus dedos.

López se apartó de Martin, arrojando la jarra al suelo. Había empezado a llorar entrecortadamente. Martin intentó ponerse en pie, pero, al apoyar las manos en el suelo, prácticamente se deshicieron, se doblaron, convirtiéndose en dos fuegos que iban horadando la alfombra.

Hamilton murmuró:

—El teléfono. ¡Por Dios, pidamos ayuda por el teléfono!

Cuando iba a descolgarlo, Andy lo arrancó de un tirón, diciendo.

—Es peligroso, podría causar daño a algún camarero. Y ellos no deben sufrir daños.

Martin ardía por completo. El fuego, en aquel reservado comedor, tenía una fuerza brutal, como los fuegos activados por quemadores en las grandes industrias. Martin parecía estar empapado de gasolina, por el modo como ardía.

Sus gritos, sus alaridos, eran roncacos. Ahora estaba sentado, como los bonzos suicidas, y su rostro empezaba a arrugarse, a desprenderse, a oscurecerse bajo las llamas. Sus brazos, sin manos, con muñones carbonizados, se movían lentamente. Cuando los ojos reventaron, despidiendo un chorro sanguinolento, López gimió, aterrorizado y echó a correr hacia la puerta, pegándose a ella, tratando de atravesarla.

Entonces el fuego le abrazó, le rodeó, mientras permanecía en pie, chillando y empujando las maderas, que empezaban a ceder. Antes de que pudiera abrirse paso entre ellas, ya sus rodillas se doblaban, y el espantoso dolor fue benévolo con él. Perdió el conocimiento, cayendo al suelo para continuar ardiendo, entre sacudidas brutales.

Hamilton, cubierto de sudor, se había apartado del fuego, de sus dos compañeros. Martin continuaba sentado, el cuerpo erguido. Y ya no se movía, ni gritaba. Entre las llamas se veía su cuerpo carbonizándose

lentamente, entre estallidos apagados. Y también se veía su rostro, convertido en algo horrible, sin ojos, brotando las llamas por las cuencas, apareciendo poco a poco la blancura de la calavera, conforme los tejidos quemados se desprendían. Pronto, sus dientes fingieron una espantosa sonrisa.

Hamilton miró a Andy con miedo. Se daba cuenta de que el joven tenía alguna clase de extraño poder. Le bastaba mirar a sus ojos, ahora extraños, dilatados y reflejando el color de las llamas, para comprenderlo.

—Moriremos juntos —dijo, con rabia.

—No. Yo no voy con usted ni siquiera al infierno, Hamilton. Usted morirá solo. Todos morimos solos. Ha hecho mal en apartarse del incendio. Es peor aún que el fuego le consuma a uno por dentro. Como a usted ahora.

Hamilton recibió aquella inhumana mirada, aquella diabólica mirada. Un dolor horrible, como si le desgarraran, estalló brutalmente en su vientre, y en su pecho. El sudor le cubrió por completo y, como el dolor era insoportable, cerró los ojos, gimiendo, tambaleándose. Entonces, comprendió las palabras de Andy.

¡Estaban ardiendo sus entrañas! El fuego ascendía por su garganta, no podía ya respirar, solo gritar y gritar, mientras Andy se dirigía hacia la puerta, pasaba entre las llamas lentamente, por encima del cuerpo de López, y abandonaba el local.

Hamilton rugió, antes de perder el habla, antes de que el fuego llegara a su boca.

—¡Andy! ¡Maldito seas, espero que te consumas en el infierno!

Andy volvió la cabeza, sonriendo. Era tan maligna su sonrisa, aquella sonrisa sería lo último que vería Hamilton antes de que su cabeza estallara, que el alcaide supo quién era en realidad.

Inmediatamente, el cráneo de Hamilton, se quebraba como un recipiente de barro mal cocido, se partía y, al fin, estallaba.

Terminó de arder de pie, recostado en el muro.

Capítulo 5



L dinero se había terminado después de la compra de ropas, de la cena en el «Starlong», y del pago de varios hoteles. Solo les quedaba para un poco de gasolina, y para la cuenta de aquel modesto motel en el que estaban desde hacía varios días.

Andy parecía agotado. Casi no se levantaba de la cama y apenas comía. Había en él como una pasividad enfermiza, estaba muy pálido, y se movía con lentitud, con esfuerzo.

Una Doris Kleman de grandes ojos y piel muy pálida, que luchaba entre el temor, el miedo, el sentido de su responsabilidad, y el amor alocado que sentía por Andy, estaba a su lado, siempre. Sin hacerle preguntas, sin querer saber lo que había sucedido o lo que iba a suceder.

Transcurrieron varios días en aquella especie de abandono. Doris fue una mañana a comprar un periódico y, al regresar, empezó a buscar en la sección de ofertas de trabajo.

Andy parecía no darse cuenta de nada. Pero, finalmente, la miró, preguntando:

—¿Qué haces?

—Busco trabajo. De enfermera, o de lo que sea. Necesitamos dinero, cuanto antes.

El arrebató el periódico de las manos de la joven, arrojándolo el suelo.

—No te molestes —dijo—. En esta ciudad hay alguien que me debe dinero. Bastante dinero. Y me lo pagará.

Doris no se atrevía a preguntarle nada. El rio quedamente, dándose cuenta del miedo de la joven. Su explicación fue inmediata.

—Es el tipo que me envió al correccional. Presentó contra mí una denuncia. Dijo que le había robado el coche cuando él mismo me lo ofreció para que fuera a la ciudad en mi día libre. Me detuvieron, y luego vino todo lo demás. En el correccional supe la verdad.

Doris murmuró:

—Déjalo, no querrá pagarte...

—Verás; el muy canalla contrataba para su almacén a chicos sin familia, como yo, y les ofrecía un buen sueldo, del que pagaba una

pequeña parte, prometiendo lo demás para más adelante. Cuando les debía mucho, se los quitaba de encima enviándolos al reformatorio. Con trucos como los del robo del coche, u otras infamias peores.

—Es un canalla...

—El mundo está lleno de gentes así, y peores, pequeña.

—Pero... ¿cómo las autoridades no se daban cuenta cuando presentaba, una tras otra, las denuncias?

—El presumía de que daba oportunidades a los golfos y delincuentes puestos en libertad, lo que no era siempre cierto. Le creían, o preferían creerle, ya que es un ciudadano respetable. Por lo demás, esos reformatorios deben estar siempre llenos, para que el trabajo de los chicos sea productivo. Contratistas despreocupados se benefician de ese trabajo en obras públicas, o en manufacturas baratas. Se reparten muchos beneficios. Cuando alguna persona honrada empieza a interesarse por casos semejantes, la apartan inmediatamente del asunto. Ese canalla me dejó a deber bastante dinero, que ahora va a pagarme... con intereses.

Doris se sentó a su lado, suplicándole.

—Olvidalo, por favor. Yo encontraré trabajo hoy mismo, hay muchas ofertas, nos quedaremos aquí un tiempo, estás cansado. Andy, yo creo que aún no te has repuesto de aquel golpe, déjame que te cuide, no quiero que vuelvas a...

Se interrumpió. No podía continuar. Él la tomó por los hombros, obligándola a tenderse a su lado. La besó con ternura.

—Eres la única persona que se ha preocupado por mí, Doris. ¡Lástima que...!

—¡Aún es tiempo, Andy! ¡Vámonos lejos de aquí, tienes que descansar, terminar de curarte, buscaré los mejores médicos, ellos te aliviarán de esos amargos recuerdos, de ese afán de venganza; ellos...!

Andy volvió a besarla. El joven tenía húmedos los ojos y ella le abrazó con pasión, sabiendo que todo era inútil, que cuando en la mirada de Andy apareciese de nuevo aquella luz rojiza, le sería imposible retenerle.

★ ★ ★

El local para comidas rápidas estaba lleno. Andy Baday entró en él, abriéndose paso entre la gente que portaba bandejas con alimentos de tercera clase, empapados de salsas que sabían a plástico. No se dirigió al gran mostrador para servirse comida, sino que empezó a buscar entre la gente que ocupaba mesas y estrechas repisas.

Varias mujeres le sonrieron sin que él las mirase. Por fin encontró a

la persona que buscaba. Un chico que comía de pie, con rapidez. Andy le tocó en la espalda.

—¿Tú eres el empleado de Lee Robinson?

El chico le miró interrogante.

—¿Qué pasa?

Era áspero, y Andy se vio reflejado en él. Lee Robinson sabía elegir: un chico sin familia, huido de alguna parte, al que nadie protegería jamás.

—Yo trabajé para él. ¿Continúa con la costumbre de retener una parte de tu dinero?

—Eso a usted no le importa.

—Pídeselo hoy mismo y márchate, chico. Porque te robará, y tratará de hacerte encerrar con alguna falsa acusación. Más vale que me creas...

Le sonrió, alejándose. El chico le siguió con la mirada.

Aquella noche, Lee Robinson se encontraba, como siempre, en su pequeña oficina, en un altillo del almacén de pinturas y ceras, en las afueras de Dallas.

El mismo se ocupaba de la contabilidad, porque le era difícil encontrar contables tan manejables como los chicos que trabajaban con mercancías. Era torpe y minucioso, por lo que debía quedarse hasta bastante tarde cada noche.

Cuando cerró el libro, de golpe, y se volvió para meterlo en la anticuada caja de caudales, lanzó un grito de alarma.

Desde la puerta, un hombre alto le contemplaba. Estaba en la penumbra, y sus ojos brillaban con intensidad.

Lee miró de soslayo al cajón donde guardaba un arma. El visitante lanzó una carcajada.

—Olvídese del arma, Lee. No soy un asaltante. ¿Es que no me recuerda? Soy el infeliz que le robó el coche en cierta ocasión. O, al menos, eso dijo usted a la policía. He venido a cobrar. Dejó de pagarme cierta cantidad. Debe estar apuntado en alguna parte de sus libros, como ganancia, supongo.

Andy avanzó un paso, y Lee, achicando los ojos, miró su rostro hasta identificarlo. Entonces giró un poco en su silla, para aproximarse al mueble donde tenía el arma. Andy dio un salto, colocándose precisamente ante el mueble.

—Mire en sus libros, viejo.

Lee Robinson, que no era viejo, lanzó un juramento.

—Tú estás loco. No voy a darte un solo centavo. Eres un delincuente y, lo que voy a hacer es llamar a la policía. Esta vez irás a la cárcel por allanamiento y amenazas.

Andy no dijo nada, ni trató en apariencia de oponerse, mientras Lee Robinson le observaba. De modo que el comerciante alargó su mano derecha para coger el teléfono que tenía sobre la mesa.

Andy había dejado de contemplar a Lee. Estaba precisamente mirando el teléfono. Cuando Lee Robinson aferraba, nerviosamente, el aparato, este comenzó a arder, tras un leve estallido, como si fuera de papel.

Lee apartó la mano, asustado, agitándola, porque había sentido la quemadura, y el vello se le había tostado. Se puso en pie, derribando la silla giratoria y, primero a manotazos, luego cubriéndolo con la funda de la calculadora, logró apagar el fuego.

El teléfono, en unos instantes, había quedado inservible. El comerciante se volvió, temblando de excitación.

—¡Nunca he visto una cosa igual! ¡Ha ardido espontáneamente, como si fuera de fósforo! —exclamó, admirado.

—Muy curioso. Lástima; ya no puede llamar a la policía para hacer que me envíen de nuevo a la cárcel.

—¡Has sido tú! ¡Lo has quemado tú con algún truco! ¡Maldita sea, no te servirá de nada, no te daré ese dinero!

Cerró de golpe la puerta de la caja fuerte.

Andy, sonriente, no se movía. No parecía agresivo. Pero, mientras Lee Robinson cerraba su caja fuerte para poner a salvo el dinero, él fijó la mirada en un viejo fichero de madera, repleto de catálogos y de listas de precio amarillentas.

Primero, el fuego brotó de un cajón entreabierto, alzándose muy vivo y alegre. El chisporroteo de los papeles alarmó a Robinson, que se volvió, estupefacto.

—¿Qué es esto?

—Muebles demasiado viejos, Robinson; arden casi solos. A la mínima incitación, ya lo ve.

Robinson saltó sobre el fichero, y tuvo la intuición de cerrar de golpe el cajón, ahogando el fuego por falta de aire. Respirando con agitación se recostó en el mueble, para mirar a Andy con rabia.

—¡Estás loco, muchacho, déjate de bromas, el almacén ardería en unos minutos, aquí todo es combustible!

—Ya lo sé. Todo es combustible en realidad, Lee, fíjate por ejemplo en esa silla...

La silla que Andy indicaba, con asiento de crin, y tapizada con hule verde, comenzó a arder por las patas, por las cuatro al mismo tiempo, y el fuego trepó rápidamente hacia el asiento.

Esta vez, Lee Robinson pudo comprobar que el fuego era realmente espontáneo. Y lleno de terror, se quedó quieto, sin intentar apagar las

llamas.

Reaccionó luego, lanzando un rugido, al recordar que el fuego en el altillo se propagaría al resto del almacén, y toda su mercancía se consumiría en unos momentos. Ante la impasibilidad de Andy, el comerciante luchó para librar al mueble de las llamas, levantando del suelo una estera con la que golpeó la silla, empujándola hacia el muro de cemento para alejarla de los paneles de madera que formaban la oficina.

Cubierto de sudor, temblando de miedo, Robinson peleó hasta que las llamas se extinguieron. Entonces miró al sonriente Andy, que sin duda se estaba divirtiendo. Le miró de un modo casi suplicante.

—¡Por favor, no provoques otro fuego! ¡Sería mi ruina!

—Estábamos hablando de mi dinero. ¿No lo recuerda?

Creo que ni siquiera necesita mirar en los libros, seguramente recuerda también la cantidad exacta. Y es posible que ahora, su bondadoso corazón le diga que debe pagarme sin demora, que es lo justo. Y no, desde luego, por miedo al fuego. Después de todo, han sido tan solo pequeños fuegos, fácilmente combatidos...

Lee Robinson rugió.

—¡Maldito seas, yo no te debo nada!

Andy buscó con la mirada, diciendo:

—¿Quiere que arda ese armario del rincón? Me temo que será más peligroso, las llamas podrían propagarse a la escalera, bajar al almacén... llegar a los primeros barriles. Me parece que contienen barniz, ¿no? Seguramente estallarían y...

—¡Cállate! ¡Te daré ese dinero! —barbotó desesperado Robinson.

Se puso de rodillas ante su vieja caja fuerte, y la abrió, con manos nerviosas. En el interior, además de algunos libros de contabilidad y pequeños fardos de documentos bancarios, había mucho dinero.

En el momento de abrir la caja se dio cuenta del peligro. Aquel individuo podía robarle. Inició un movimiento para cerrarla de nuevo.

—Solo quiero mi dinero, no el suyo, Lee —dijo Andy.

Lee Robinson le lanzó una mirada angustiosa. Luego contó rápidamente los billetes, deseando poder sustraer cuanto antes a la mirada del joven el resto del dinero.

—¡Toma! ¡Puedes marcharte ya! —dijo con rabia—. ¡Vamos, lárgate!

Andy guardó el dinero en un bolsillo, mientras Robinson se apresuraba a cerrar la caja, retirando la llave, y dando vueltas al disco. Con la misma prisa se incorporó, evidentemente aliviado.

Pero le esperaba una desagradable sorpresa. Andy lo estaba apuntando con su propio revólver. Lo había sacado del cajón donde el

comerciante lo guardaba, mientras este le daba la espalda. Lo amartilló lentamente, apuntando con el arma a la cabeza de Robinson.

—Lo menos que puede hacer, señor Robinson, ya que ni siquiera le he pedido que me pague los intereses de la deuda, es acompañarme a la salida. En la cárcel, a dónde usted me envió, se aprenden buenas maneras. Podemos despedirnos amistosamente, sería preferible.

Lee Robinson, muy pálido, masculló:

—Vas a matarme. Has venido para eso, para matarme. Tú eras antes un buen chico. Seguramente en la cárcel te han llenado de odio.

Andy apretó los labios, acercando el arma hasta que el cañón tocó la frente de Robinson.

—¡Sí, yo era un buen chico, y usted me hizo encerrar para quedarse con unos pocos dólares! ¡Debería apretar el gatillo! ¡Vamos, camine, delante de mí!

Robinson obedeció, cuando se dio vuelta, el revólver se hundió en su espalda, obligándole a avanzar con rapidez. Estuvo a punto de caerse en la estrecha escalera que descendía hasta el almacén. Solo la luz de la oficina iluminaba la amplia nave y la cristalera que, al fondo, les separaba de la tienda. Había grandes estanterías metálicas repletas de botes, cajas, pilas de bidones, de envases de cartón; montones de fardos, de paquetes diversos.

Andy obligó a Robinson a dirigirse hacia el portón de la parte posterior del almacén, donde estaba el muelle para la descarga de camiones, y por el cual él mismo había entrado.

—Abra —ordenó, secamente.

—¿A dónde me llevas? —temblequeó la voz del comerciante.

—¡Abra!

Robinson tiró del portón, deslizándolo sobre los rieles, hasta dejar un espacio libre. Tuvo intención de echar a correr al sentir en la cara el aire fresco de la noche, pero Andy aumentó la presión del cañón del arma sobre su espalda y desistió.

—Muy bien. Acaba de salvar su vida —dijo Andy, adivinando sus pensamientos—. Ahora vamos a situarnos al otro lado de la calle. Quiero contemplar su maldito almacén por última vez antes de marcharme.

Empujó a Robinson contra el muro de otro edificio, y después, sin dejar de apuntarle con el arma, se volvió hacia el almacén.

La ventana de la oficina seguía muy iluminada. La nave de almacén no ofrecía hueco alguno por aquel lado, salvo la entrada de carga. Por lo tanto, solo podía verse la sucia pared con grandes letras deslucidas. Lee Robinson esperaba, ansiosamente, la decisión de Andy, el momento de su libertad.

Andy miraba a la ventana de la oficina. La miraba fijamente, con expresión reconcentrada. Era tal su inmovilidad, que Robinson lo advirtió y de nuevo le dominó el pánico.

—¿Qué haces ahora? ¿Qué es lo que miras?

Por toda contestación, Andy le puso el arma bajo el mentón, obligándole a alzar la cabeza. Pero él continuaba mirando hacia la iluminada ventana.

Hasta que, de pronto, los cristales estallaron y, al mismo tiempo, la armadura de madera comenzó a arder con violencia.

Lee Robinson rugió.

—¿Qué pretendes? ¡Dios mío, va a arder todo! ¡Déjame que vaya a apagar ese fuego!

Andy le golpeó con el cañón del arma, en el cuello, y luego volvió a empujarle la cabeza contra el muro. Y así. Lee Robinson tuvo que ver cómo la ventana continuaba ardiendo. Y luego, como el fuego se propagaba hacia el interior, y, a la derecha, prendía en algo que producía grandes llamaradas.

Era el maldito y viejo fichero, de nuevo. Pero ahora ardía por entero y trozos de papel ardiendo cruzaron por el aire, cayendo al suelo y prendiendo en la esfera.

Después, en las mismas tablas del suelo, y en los demás muebles. Muy pronto la pequeña oficina era una hoguera. Al fin, uno de sus lados se desplomaría sobre el almacén, sobre las inflamables mercancías...

Lee Robinson lanzó un grito de desesperación. Despreciando la amenaza del revólver, apartó el brazo de Andy de un codazo y echó a correr hacia el portón, gritando:

—¡El dinero! ¡El dinero de la caja, no resistirá el fuego, tengo que recuperar mi dinero!

Andy Baday no se movió. Ahora sonreía levemente, viendo como Lee Robinson desaparecía en el interior del almacén.

Tiró el arma a un montón de desperdicios y pareció relajarse, distenderse. Su rostro iba recuperando su expresión habitual, y sus ojos aquel tono azul cándido y resplandeciente.

Lee Robinson era invisible por el momento. Pero oía sus gritos de rabia. Luego le vio, en el inclinado centro de la oficina, en el centro de las llamas, agitándose, desesperado tratando de acercarse a su caja fuerte.

De pronto, su fuerte amor al dinero —que le había llevado a aquel infierno—, desapareció. El fuego, que le rodeaba, le infundió ese pánico terrible, incontenible, que obliga a personas serenas y seguras de sí mismas a arrojar por la ventana de un décimo piso, al vacío, huyendo

de las llamas.

Lee Robinson se quedó inmóvil, aterrado, mirando las llamas, sintiendo su calor. Empezó a toser. El ruinoso suelo tenía partes forradas de linóleo, y el apestante humo que despedía al arder, le ahogaba.

Dio varias vueltas sobre sí mismo, gimiendo.

—¡La escalera! ¡Qué loco he sido, Dios mío, voy a abrasarme vivo!

La escalera estaba ya ardiendo. Robinson rugió cuando una llama prendió en sus pantalones. No intentó apagarla, estaba completamente enloquecido. Dio unos pasos inseguros hacia la ventana y se puso a gritar.

—¡Andy! ¡Andy, ayúdame, te daré todo lo que tengo!

Andy, hasta el que llegaba el resplandor del fuego, le miró desde la pared opuesta. Parecía envuelto en luz roja, y aquel reflejo, en sus ojos, se hacía luminoso.

Robinson tenía ya el fuego en la espalda. Sentía su aguda lengua ardiente, y el dolor terminó de aturdirle.

Se asió a los bordes de la ventana, quemándose las manos, dispuesto a saltar. La altura no era mucha, pero sí más que suficiente para romperse unos cuantos huesos. Tomó impulso.

Entonces miró a Andy. Y recibió la mirada del joven, aquella mirada rojiza, semejante a la de un felino en la oscuridad.

Las manos de Robinson se agarraron sobre las maderas convertida en brasas. Sus manos empezaron a despedir el acre olor de la carne quemada. Él no se movía, ni gritaba. Fue solo un instante. Inmediatamente todo el fuego de la oficina pareció lanzarse sobre él, brotando de su interior.

Lee Robinson lanzó un tremendo alarido, y luego su cabeza estalló, convertida en una llamarada.

Andy vio cómo el cuerpo de Robinson se iba retorciendo. Sus manos continuaban pegadas al marco. Pero independientes de los brazos, que se encorvaron, terminando en un muñón oscuro. Lo que quedaba del suelo de la oficina se hundió de pronto, con un gran ruido, y el cuerpo carbonizado de Lee Robinson desapareció entre una llamarada más intensa. Solo las manos, negras, como las manos de un simio, quedaron allí, cogidas a la ventana, engarfiadas, soldadas con la requemada madera.

Inmediatamente se produjo una explosión; después siguió una cadena de ellas.

El fuego había invadido por fin al almacén. El peligro que tanto temía Lee Robinson.

Todos los aceites, los barnices, los disolventes, los pegamentos para

plásticos, los plásticos mismos, empezaron a arder, y el almacén se convirtió en una gran fogata.

Andy estuvo allí hasta que comenzaron a llegar los coches de las asistencias. Entonces desapareció.

Capítulo 6

D

ORIS dormía sobre el asiento trasero del coche.

Andy conducía descuidadamente, sin sujetar apenas el volante, con un codo apoyado en el borde de la ventanilla, acelerando con brusquedad, frenando sin reducir marchas, como si en vez de viajar en un viejo coche de mecánica agotada, lo hiciera en un deportivo reluciente.

Habían dejado Dallas y rodaban hacia el Oeste, hacia Salt Lake, la ciudad de los mormones, por la carretera 40.

De vez en cuando, Andy volvía la cabeza y miraba a Doris. Era difícil saber lo que expresaba su mirada.

La joven y pulcra enfermera, estaba muy transformada. Su ropa, arrugada. El pelo revuelto por el viento. En su bello rostro, el cansancio y la angustia habían hecho estragos. Apenas comía, por lo que sus pómulos se marcaban, y su cara estaba llena de ángulos.

Los ojos de Doris aparecían rodeados de profundas ojeras. Y aun así, o quizá por todo ello, resultaba más atractiva y hermosa que nunca.

—La pobre y recatada evangelizadora, convertida en la compañera de un vagabundo... —dijo Andy.

Ya había comprendido que le era imposible separarse de ella. Y además, ya no era capaz de abandonarla en la carretera, tan lejos de su ciudad, y sin apenas dinero.

—¡Es posible que esto sea amor! —se dijo, riendo entre dientes.

Al pensar aquello, no había amor en su mirada. Solo burla. Pisó el acelerador del coche, que iniciaba una subida. Cuando estaba cerca de la rasante, el coche empezó a perder potencia y a despedir humo por las rendijas del capot.

—¡Maldito trasto! ¡Solo me falta que se pare!

Pudo remontar la cuesta y seguir, con cierta alegría, aunque el humo era cada vez más intenso. En el tablero se encendió una luz roja. El agua estaba hirviendo.

Andy volvió a maldecir, pero no se detuvo. Lo que hizo fue mirar el plano que tenía a su lado. Un plano de carreteras, y pensar.

—Llegaré a esa ciudad, allí repondrán la correa, seguramente se ha roto una correa.

Aumentó la velocidad. Poco después, el coche volvía a perder fuerza y, media milla más tarde, tenía que detenerlo en el arcén.

Doris despertó al dejar de oír el ruido del motor. Se incorporó aterrada, preguntando.

—¿Qué sucede?

Andy la miraba por el espejo retrovisor. La joven temblaba, vivía en un perpetuo horror, y aun así, no se separaba de él. Era como si estuviese encadenada a Andy.

—Nada, niña. El coche que no quiere seguir. Mira cómo sale el vapor. Creo que nos hemos quedado sin agua y, seguramente, con el motor bloqueado.

Ella no decía nada. Miraba a Andy, quien, después de abrir el capot y comprobar que no podía hacer nada, volvió a cerrarlo, empezando a pasear, pensativo, por el borde de la carretera. Al fin decidió.

—Voy a buscar otro coche, Doris. Tu quédate aquí y espera; no tardaré mucho.

—¡No! ¡No me dejes, Andy! ¡Si te vas, ya no volverás!

El abrió la portezuela trasera, para acercarse a la muchacha y acariciar suavemente su rostro.

—Volveré. Necesitamos otro coche, tienes que comprenderlo. Nos queda mucho viaje aún.

—¿Para llegar a dónde?

—Bueno, eso es lo de menos. Pero tu coche tiene una larga y costosa reparación, no vale la pena intentarlo. Quédate aquí, volveré pronto.

Ella murmuró.

—Si no vuelves, te encontraré, Andy...

Habían pasado poco antes ante una desviación y un poste indicador. La memoria de Andy, casi fotográfica, recordaba aquella circunstancia, y también el haber visto, no muy lejano, un pueblo.

Se alejó en su busca, y la muchacha quedó sola, estremeciéndose de miedo, angustiada ante el temor de que él no regresase.

Sus temores eran infundados. Transcurrió más de una hora, pero Andy volvió. Conduciendo un coche sucio y con algunos golpes en la carrocería, pero el motor sonaba bien. El coche era relativamente moderno. Doris rio nerviosamente, loca de alegría, olvidados sus temores.

—Ven, Doris. Cógelo todo, nos vamos. Creo que, además, tiene el tanque lleno, si es que funciona bien el indicador de nivel.

La joven se acomodó junto a él, mirándole conmovida. Solo después de recorrer varias millas se atrevió a preguntar.

—¿Has alquilado el coche, Andy?

—Lo he tomado prestado. Tenía incluso las llaves puestas.

—Pero... lo habrá denunciado el dueño, nos perseguirá la policía.

—Solo hasta el límite del Estado, después no. Si el dueño no es un imbécil, tendrá un seguro de robo. Y si lo es, peor para él.

Era evidente que Andy Baday estaba por encima del bien y del mal. No sentía la menor preocupación por la policía, ni el menor temor por nada. Y, como si su osadía fuera recompensada, ningún coche patrulla, ningún motorista de la policía, parecía seguirles. La misma Doris fue poco a poco olvidando sus temores.

Andy, desde luego, se había olvidado por completo. Como olvidó el asunto de la frontera del Estado. Así, cuando se hizo de noche, decidió que Doris necesitaba descanso y se detuvo en el primer motel.

Tenían aún dinero de Lee Robinson y estaban libres de preocupaciones. La única precaución que tomó Andy fue apartar el coche fuera de la vista de la carretera 40. Primero se detuvo en la oficina para alquilar una de las casitas, firmar en el libro, pagar, y recoger la llave.

Le atendió un tipo delgado, que, paradójicamente, sudaba como si estuviera cubierto de grasas, y que apestaba a sudor viejo. Mientras Andy ponía en el libro un nombre imaginario, sin la menor duda, el individuo le miraba con insolencia, resoplando y gruñendo.

—¡Este maldito calor!

Andy le miró fríamente.

—¿Calor? Lo que hace es frío.

—Nunca discuto con los clientes. ¿Una sola noche?

—Se lo diré cuando me vaya. Pero solo pagaré una noche.

El hombre tomó el dinero.

—Entonces tendrá que desalojar por la mañana.

—Es usted un tipo encantador. ¿Qué es lo que tiene? ¿Cáncer o corazón?

—¡Váyase al diablo! —fue la poco cortés respuesta.

Andy rio quedamente y salió de la apestosa oficina. El tipo sudoroso se quedó quieto, mirando por un ventanillo hasta que Andy desapareció tras una de las casitas. Entonces se sentó ante la pequeña centralita de teléfono, introdujo una clavija, y tras girar una manivela, habló por el receptor colocado en el centro del panel.

—Soy Mander. Escucha. ¿Está el jefe?

Le contestaron que no, que se encontraba en su coche. Entonces dijo:

—Toma nota para llamarle. Ese coche, el «Ford» gris con abolladuras, está aquí. ¡Pero, no olvides decirle que no quiero perder mi recompensa! ¡Que no venga luego con esas historias de que los seguros no han pagado!

Extrajo la clavija y se recostó en el respaldo de la silla giratoria, muy satisfecho.

Estaba esperando la llegada de la policía. De pronto, le asaltó un temor.

—¡Esos idiotas igual llegan con las sirenas y las luces, armando jaleo, y ese tipo, que parece de cuidado, se larga con el coche!

Y si el coche era capturado en la carretera, él se quedaría sin recompensa. Decidió hacer algo. El chico aquel, tan insolente, tan seguro de sí mismo, no parecía de los que toman precauciones. Salió de la oficina y llegó hasta donde estaba detenido el coche gris. Sonrió al ver que la llave estaba en el encendido. La tomó.

—Le van a capturar aquí. Es un chico fuerte. El *sheriff* se va a poner contento, podrá hacerle trabajar durante un par de años en las canteras municipales...

Satisfecho, regresó a su cuchitril. La promesa de una recompensa le ilusionaba. Pero aún más, el ser testigo de cómo uno de aquellos jóvenes apuestos, presumidos —que acudían siempre al motel con preciosas mujeres dispuestas a todo para complacerles—, era detenido, humillado, esposado, y separado de las dulzuras amorosas.

Para un tipo como aquel, obligado a permanecer en la oficina alquilando cuartos a jóvenes parejas para hacer el amor, mientras él no conseguía que ninguna mujer le mirase a la cara, era agradable contemplar el fracaso de los demás.

—Conozco bien al *sheriff*, lo sacará de aquí a empujones. Y se llevará también a la chica.

Colgó las llaves en una clavija de la centralita y se dedicó a esperar. Miraba hacia la carretera. Al fin aparecieron dos coches de la policía, sin sirenas ni luces.

El empleado salió a la puerta, mojándose los labios con la lengua, parpadeando deprisa. Alzó una mano.

El *sheriff* del condado era corpulento y clásico, con el vientre desbordando al ancho cinturón, los gruesos brazos reventando las mangas cortas de la camisa. Con él bajó del coche otro hombre de uniforme, y del segundo vehículo descendieron dos más.

Miraban con recelo los alrededores. El empleado agitó la mano.

—¡Están en la siete, jefe! ¡He cogido las llaves del coche, tenga cuidado, es un tipo insolente!

El jefe sin responder, desenfundó su gran revólver, haciendo un gesto expresivo de amenaza. Luego, con movimientos bruscos, dispuso el despliegue de sus hombres. Tenía ademanes de gran estratega.

Las cabañas estaban todas aisladas, rodeadas de matorrales secos y de basura. Aquel era un motel de cuarta.

Los cuatro policías rodearon la cabaña siete. La luz estaba encendida, se veía brillar entre las lamas de las persianas venecianas. Los cuatro policías eran prepotentes, brutales y expeditivos. El jefe llamó en la puerta.

★ ★ ★

Fue el jefe el único en entrar en la cabaña, cuando Doris abrió la puerta. Sus hombres vigilaban las ventanas, y una puertecilla posterior que daba a los restos de un jardincillo putrefacto.

El *sheriff*, sonrió satisfecho, colocó el cañón del revólver ante los asustados ojos de la joven, y dijo:

—Nada de tonterías. ¿Dónde está él? ¡Salga con las manos sobre la cabeza, muchacho! ¡Tengo fuera tres hombres que dispararán si intenta huir!

Andy apareció, saliendo del cuarto de baño. Vio el rostro angustiado, de Doris, al borde de las lágrimas. Y por eso dijo, secamente.

—Aparte el arma de esa chica, policía. ¡Ahora mismo!

No se había colocado las manos sobre la cabeza. Y la insolencia de su voz desconcertó por un momento al brutal policía, que parpadeó, asombrado. Pero, eso sí, bajó el arma y Doris pudo apartarse, temblando.

—¿Qué has dicho, muchacho? ¿Me has dado órdenes?

Andy le contestó con otra pregunta.

—¿Qué hace aquí? ¿Tiene usted orden de allanamiento?

—Ya veo, un tipo listo. No la necesito para detener al ladrón de un coche.

Andy se echó a reír.

—¡Eso es una broma! ¡Ese coche está alquilado, tengo incluso sus llaves, quedé en entregarlo en Salt Lake! ¡Usted está mal informado...!

Mientras hablaba miró a Doris, y la joven, comprendiendo, retrocedió, hasta salir de la cabaña. El policía, rojo de rabia, rugió.

—¡Eso lo dirás ante el juez! ¡Creo, muchacho listo, que te vas a pasar una buena temporada en nuestra granja de trabajo, contribuyendo con tu esfuerzo a mejorar las carreteras del Condado! ¡Las manos sobre la cabeza! ¡Las piernas separadas! ¡Vamos, ya estás obedeciendo!

Andy no obedeció, pese a la amenaza del arma, y el *sheriff* pareció sorprenderse. Pero solo por un momento. Luego cogió el arma por la culata, decidido a usarla como maza sobre la cabeza del detenido.

Alzó el brazo para asestar el golpe. Andy le miraba a los ojos, sin

parpadear. Le miraba con extraña expresión, con unos ojos que ya parecían metamorfoseados, dotados de una luz rojiza tan brillante como insólita.

Y el *sheriff* empezó a sudar, a sentir gran calor. Y le fue imposible bajar el brazo, y también le fue imposible apartar su mirada de la del joven. Murmuró:

—¿Qué estás haciendo conmigo?

Andy dijo:

—Conozco tu tipo. Jamás persigues a verdaderos delincuentes para evitarte problemas. Solo persigues a los rateros, a los vagabundos, a los insolventes, para nutrir las brigadas de penados que contratas a desalmados contratistas de obras públicas. ¡Lo conozco! ¡Los conducen cada mañana encadenados hasta el lugar de la obra, y trabajan hasta que se pone el sol! Entonces regresan a sus barracas, y si alguno intenta escapar, disparan sobre él. Son condenas pequeñas, que los tipos como tú se encargan de hacer más largas, provocándoles para que se rebelen cuando están a punto de salir de modo que sean condenados de nuevo. Tipos como tú hacen fortunas con ese sistema. Pero creo que tú no vas a seguir ya con este juego...

El *sheriff* gimió, mirándolo con ojos espantados.

—¡Mi estómago, me duele mucho! ¿Qué me sucede?

—Nada importante, está ardiendo. Tus grasas arden muy bien; pronto verás brotar el humo por todos tus orificios naturales.

El hombretón se puso pálido. No creía lo que le decía Andy, pero el dolor estaba allí. Era como si una rata estuviera devorando sus entrañas. Lanzó un grito apagado, y el arma cayó al suelo. Ahora apretaba ambas manos sobre el vientre. Al tiempo alzó la cabeza para mirar asustado a Andy.

¡Ciertamente, brotaba humo por su boca!

Y el dolor ascendía veloz por la garganta. El calor era terrible. Notaba como la piel se separaba, todo su cuerpo humeaba, crepitaba, y las venas, las arterias, se inflamaban, mientras la sangre circulaba por ella a elevadas temperaturas. Luego, un dolor agudo en el pecho. La ropa empezaba a arder, primero sobre el vientre, devorando la sudorosa camisa. El *sheriff* rugía, lanzaba sonidos ininteligibles.

Al fin se irguió, con los ojos muy abiertos, horrorizados. Y de pronto su cabeza estalló, quebrándose con un ruido fuerte. Algunos fragmentos salieron despedidos con fuerza envueltos en humo. Y del cráneo reventado brotó un humo apestoso. Después el rostro se crispó, oscureciéndose bajo el calor, y los ojos reventaron también mientras de los huecos brotaban llamas.

El cuerpo del *sheriff* se desplomó en el suelo, pesadamente, y al caer

se convirtió casi al momento en una gran llamarada y en una nube de humo apestoso. Las llamas empezaron a prender en los muebles del motel, contruidos con plásticos y madera aglomerada.

Casi al tiempo, los tres policías penetraron en la cabaña. Primero solo vieron el fuego, el cuerpo de su jefe retorciéndose entre las llamas.

Se lanzaron sobre él para tratar de arrastrarle fuera de la cabaña. Pero, cuando le sujetaban, sus manos se hundían en el cuerpo, reblandecido, cubierto de grasa derretida.

Luego, uno de ellos vio la cabeza, lo que quedaba de ella, desprovista de cráneo, y ardiendo. Carente de ojos.

Lanzó un grito de horror y quiso apartarse. Pero aquella grasa ardiendo se había pegado a sus manos, a su ropa, y el fuego corría rápidamente por ella.

Los tres hombres habían sido presa de las llamas en un momento. Las mismas llamas que ya eran dueñas de todo lo que contenía la habitación.

Cuando uno de ellos logró ponerse en pie y avanzar, entre gritos de dolor hasta la puerta, Andy, que se encontraba en el fondo del cuarto, en medio de las llamas, le llamó:

—Oiga... Espere.

El hombre volvió la cabeza.

Entonces recibió la rojiza mirada de Andy. Y aún, cuando se encontraba medio desvanecido por el dolor y el miedo, pudo ver asombrado cómo el joven permanecía impasible entre las llamas.

La mirada de Andy, que le detuvo, provocó el estallido del fuego en su interior, tan brutalmente, que el hombre solo pudo lanzar un grito antes de que su cuerpo se abriese, su cabeza se volatilizase, y quedara convertido en un informe montón que ardía junto a la puerta.

Los otros dos yacían junto al *sheriff*, gemían aún, se estremecían...

El encargado del motel acudió a la carrera atraído por los gritos y por el fuego. El fuego de una cabaña era una tragedia para el dueño y una maldita complicación para él.

Se detuvo cerca de la cabaña siete. La mujer estaba allí, mirando el fuego con los ojos muy abiertos y casi sin respirar.

—¿Qué ha sucedido? —dijo—. ¿Dónde están los policías?

Ella señaló al interior. Empezaba a desplomarse el techo. El olor de la carne quemada era mucho más poderoso que el olor de los plásticos y maderas quemadas. El encargado entrevió los bultos de los cuatro hombres ardiendo por completo, carbonizados ya.

Y, tras de ellos, entre las llamas, el joven guapo que había llegado en el coche robado.

El joven sonreía. Cuando cayó sobre él un trozo de techo ardiendo,

lo cogió con una mano ¡sin quemarse! —para apartarlo. Luego atravesó el fuego, pasó sobre los cadáveres, y salió de la cabaña, cuando esta terminaba de derrumbarse y la fogata se hacía enorme.

No tenía la menor señal de fuego en la ropa, si siquiera manchas del humo. Su hermoso rostro parecía recién lavado. ¡Y él, el encargado, le había visto surgir de entre las llamas que lo consumían todo!

—Un incendio terrible —dijo el joven—. Ese *sheriff* lo provocó no sé cómo; ha sido una tragedia.

Se acercaba al hombre, y este retrocedió, mirándole con horror.

—¿Quién... es usted? —quiso saber.

Andy alargó una mano, y el hombre casi se dobló para evita su contacto. Andy dijo:

—Le vi cómo cogía la llave de mi coche. Por favor... Démela.

El hombre musitó algo, y como Andy repitiera la demanda, señaló su oficina, explicando.

—Allí; la dejé... colgada del teléfono...

Andy asintió. El fuego, que ya terminaba con la cabaña y los cuatro cadáveres, lo envolvía todo con su luz rojiza.

—Naturalmente, usted avisó a la policía, amigo. ¿Solo por placer personal, o le pagan como confidente?

El hombre tartamudeó.

—Yo... me llamaron para describirme el coche. En un sitio como este hay que colaborar con la policía, de otro modo te quitan la licencia, te vuelven loco... ¡Pero solo lo hice por eso! ¡Y me alegro mucho de que consigan huir!

—Sí, le creo. ¿Por qué no? ¿Cuánto piensa tardar en llamar por teléfono de nuevo?

—¡Le prometo que no lo haré!

—No, no lo hará —dijo Andy.

El hombre, que ya estaba muy pálido, se puso cadavérico. Andy le indicó con un ademán que le precediera camino de la oficina. El hombre se tambaleaba.

Una vez en la oficina Andy recogió la llave. Después miró un instante el viejo tablero de la centralita. Al momento, el tablero empezaba a humear por todas sus rendijas, y el olor a cables quemados se hizo muy fuerte.

Cuando Andy salió de la oficina, el encargado se lanzó sobre la centralita tratando de apagar un fuego que aún estaba en el interior del aparato, y que iba a brotar más tarde, con fuerza. Pero, desde luego, ya nadie podía utilizar aquel teléfono. Al motel, muy alejado de cualquier poblado, muy aislado, aquello le dejaba completamente solo.

Andy se fue a buscar su coche, Doris estaba ya en él, temblando,

mirando con terror el fuego que se alzaba sobre los descuidados matorrales, que antes habían sido setos bien cuidados. No se atrevía a preguntar nada. No quería confirmar lo que en realidad ya sabía: que los cuatro policías estaban muertos, que ardían en el centro de aquel fuego.

Andy la miró con dureza.

—No empieces a llorar. Si en verdad me amas, debes estar contenta. Continúo libre.

Ella volvió el rostro sin responder. Andy puso las manos sobre el volante, quedándose quieto, con la cabeza sobre el pecho. Ante su pasividad, ella le preguntó:

—¿Qué te sucede?

—Este terrible dolor de cabeza... El mismo que me atacaba en el hospital. De vez en cuando vuelve.

Doris le abrazó y, pese a su prohibición del joven, empezó a llorar.

—Vámonos a un sitio tranquilo, deja que te cuide, necesitas cuidados, necesitas...

El volvió a erguirse. Tenía en los ojos aquella mirada rojiza y brillante, aquella mirada demoniaca.

—Lo que necesito es salir de aquí cuanto antes. El fuego atraerá algún curioso, y ese maldito tipo de la oficina hablará. Debí...

—¡No!

Andy puso en marcha el coche y después le condujo hacia la salida del motel. Al pasar junto a los dos coches de la policía, recordó algo.

—Tienen radioteléfono. Eso no me gusta.

Disminuyó la velocidad de su vehículo, pues estaban a la altura de los coches patrulla. Doris cerró los ojos, sabía lo que iba a suceder.

Cuando el coche que ocupaban abandonó el camino para salir al suave firme de la carretera nacional, oyó la primera explosión.

Entonces volvió la cabeza, Andy ya aceleraba la marcha para alejarse velozmente de allí.

Los dos coches de la policía estaban ardiendo, naturalmente. Uno había estallado. El otro ardía más lentamente.

Como siempre, Andy había dejado tras de sí el fuego. Aquel fuego desesperado, furioso, que lo quemaba todo en pocos minutos. El fuego que se producía de un modo espontáneo bajo la brillante mirada del joven, dotado de poderes diabólicos.

Capítulo 7

P

ESE a la terrible huella dejada tras de su paso, nadie detuvo al coche de Andy, ni antes, ni después de pasar la frontera.

De todos modos, al llegar a Salt Lake, lo abandonó en un aparcamiento, pues, al parecer, aquel era el final de su largo viaje.

Y al dejar el vehículo, pareció tranquilizarse, y volvió a ser el encantador joven, burlón y despreocupado, que Doris conociera.

Se alojaron en un hotel modesto, y contaron su dinero, que no era mucho. La joven, que se sentía feliz, declaró:

—Encontraré trabajo hoy mismo.

—Tú no buscarás nada. Por ahora. Podemos vivir tranquilos durante un par de semanas. ¿Para qué más? ¡Un par de semanas! Eso es todo un futuro, niña.

—No quieres hacer planes de más de dos semanas —murmuró ella—. ¿Es que no piensas quedarte en esta ciudad?

Él la miró con extrañeza.

—¿Por qué iba a quedarme aquí? ¡El mundo es muy grande! He venido, y eso es todo. Me marcharé cuando me plazca. Y no quiero atarme a un empleo, una casita, y una mujer. Tú ya lo sabes.

Sí. Ella lo sabía. Pero la tranquilidad y la calma de aquellos pocos días, le habían hecho concebir esperanzas.

—Entonces... has venido a Salt Lake buscando a alguna persona. Buscando a alguien más de quien vengarte, ¿verdad?

—Sí. Pero eso no es asunto tuyo. Y prefiero que te mantengas ignorante de mis problemas. ¿No querías ir al cine?

Doris contuvo las lágrimas. Pese a todo, no quería perderle. Aunque en el interior del hombre se agazapara algo muy horrible y poderoso, algo que se había apoderado de él mientras estuvo en el mundo de los muertos.

—Sí, me gustaría mucho —contestó.

Andy estuvo encantador, como si hubiera olvidado que se encontraba allí para matar, para destruir a alguien. Y Doris procuraba disfrutar de aquellos instantes de calma, antes de que su cerebro enloqueciera por completo.

Salieron del cine y fueron a comer algo, vagabundeando por la

ciudad. Con la noche, en la oscuridad, Andy parecía más feliz, más seguro de sí mismo.

Doris se cogía de su brazo y lo olvidaba todo. Olvidaba la terrible realidad. Fueron caminando hasta perderse, alejados del centro de la ciudad.

Habían llegado a las afueras, a una zona industrial. Cruzaron por una pasarela, sobre un complejo de vías férreas, para descender hasta una carretera bordeada de almacenes. Doris dijo:

—¿Sabremos regresar al hotel?

—Sí. ¿Tienes miedo?

—No.

Sí lo tenía, de caminar por lugares tan apartados, pero prefería no mencionar la palabra miedo. Le sonrió, mientras él explicaba:

—Estos lugares me gustan. Siempre he vivido en sitios así, refugiado en almacenes abandonados, esperando en una cuesta que un tren disminuyese la velocidad para saltar a él. Estos lugares tienen una gran ventaja: son iguales en todas las ciudades del país. Estés donde estés, no te sientes extraño.

Doris se sentía conmovida. Olvidaba la terrible actividad de Andy en los últimos días, las muertes que había provocado por tan espantosos procedimientos. Y también sus infernales poderes. Ahora le veía de nuevo como el joven desamparado y desdichado que llegara a su consultorio, brutalmente herido. El solitario muchacho siempre abandonado y aislado. ¡Y tan maravilloso!

Caminaban eludiendo los montones de desperdicios. Aquellas naves parecían cerradas y sin uso. En algunas de ellas, cuando pasaban, ladraban los perros.

Al llegar a un cruce, Andy se detuvo. Allí, cerca de una nave abierta, ardía un fuego alimentado por tablas de envases. Un fuego alegre y muy vivo. Se quedó mirándolo.

Doris se estremeció, tuvo pánico. Quiso apartarle de allí.

—¡Ven, Andy, sigamos por ese lado! ¡Creo que desearía regresar al hotel!

El joven había experimentado un cambio brutal.

—Espera —dijo, con voz ronca—. Mira qué hermoso es el fuego.

Miraba a las llamas fijamente, y en sus ojos se reflejaba su color. Era de nuevo el Andy de los peores momentos.

Doris tiraba de él, pero no conseguía moverlo. Sentado cerca del fuego estaba un hombre con ropas viejas, y a su lado, un perro mestizo. El perro empezó a gruñir, y el hombre, un vigilante, alzó la cabeza. Al ver a los dos jóvenes, hizo un ademán amistoso.

—¡Acercaos! ¡Esto no es buen sitio para pasear y menos con una

mujer! Pero venid, tengo café...

El perro se incorporó, sus gruñidos eran agresivos, enseñaba los colmillos y su dueño tuvo que sujetarle por el collar.

—¡Estate quieto! ¡No le gustan los extraños! Pero tampoco suele mostrarse tan agresivo. ¿Os habéis perdido? Por aquí no viene nadie, ni de noche ni de día.

El hombre tenía a sus pies una carabina y, aunque estaba invitando a los jóvenes, la movió con un pie para acercarla un poco y tenerla al alcance de su mano.

A veces, grupos de jóvenes mataban a golpes a un vigilante por puro placer. Pero aquellos no parecían peligrosos.

Andy avanzó unos pasos, llevando casi a rastras a Doris, cogida de su brazo.

El perro del vigilante retrocedió, sin dejar de gruñir. Luego dio media vuelta, echando a correr hacia el interior de la nave, y, desde la oscuridad, empezó a aullar lastimeramente.

El vigilante se sobresaltó ante la extraña actitud de su perro, pero lo olvidó cuando pudo ver el rostro del joven que ya estaba junto al fuego. Cuando comprobó cómo miraba a las llamas, fascinado.

—Parece que te gusta el fuego. Es bonito de ver, sí. Yo me paso las horas siguiendo las formas caprichosas de las llamas. A veces...

Andy se acercó más. Estaba completamente envuelto en la luz roja y sobre todo sus ojos parecían dos espejos que la reflejasen. El vigilante advirtió.

—No te acerques tanto, te vas a chamuscar. ¿Quiere usted café, señorita?

Doris no contestó. Miraba con temor a Andy, que sonriendo se aproximaba más al fuego. De pronto adelantó la mano derecha, metiéndola entre las llamas, con gesto de satisfacción.

El vigilante, que había cogido la cafetera, al verle, lanzó un grito, dejando caer el recipiente y derramando el café. Iba a decir algo, pero, al darse cuenta de que Andy permanecía impassible, moviendo su mano entre las llamas, enmudeció. Doris suplicaba.

—Andy, por favor, vámonos de aquí...

Andy le dedicó una mirada indiferente. Ya no era el muchacho desamparado en permanente huida. Era otra cosa. Algo muy terrible, y ella lo sabía.

La hoguera se había avivado por sí sola, de pronto, y las llamas se alzaban a más de dos metros de altura. Sin añadir nuevas maderas y sin que soprase una sola ráfaga de aire.

El vigilante, después de tirar la cafetera, se echó hacia atrás porque el calor era ahora terrible. Derribó el cajón sobre el que se sentaba,

cayendo de espaldas. Ya en el suelo, murmurando algo entre dientes, y mientras su perro continuaba aullando al fondo de la nave, se arrastró, apartándose del fuego. Luego se puso en pie, temblando.

Andy estaba apartando con los pies unas maderas ardiendo y con la mayor naturalidad avanzó dos pasos, situándose en el centro de la hoguera.

El vigilante retrocedía, mirando con asombro a aquel joven que se movía en el corazón de la fogata, envuelto en las llamas, sin que ni siquiera su ropa ardiera. Al hombre que sonreía feliz, girando lentamente, con las manos abiertas, recibiendo la feroz caricia del fuego, que para él era solamente dulce caricia.

El vigilante lanzó un grito de espanto y echó a correr, desapareciendo. Al tiempo una pequeña sombra surgió de la nave. El perro aullador se iba tras de su amo, con la misma prisa, y sin dejar de aullar.

Doris, cubriéndose la boca con una mano, contemplaba a Andy asustada, incapaz de decir algo, de moverse. Andy había empezado a reír, con una risa siniestra, burlona, una risa que no parecía proceder de él, que nada tenía que ver con su risa habitual.

Y sonreía con expresión de absoluta felicidad, siempre en el medio del fuego.

La espantosa escena se prolongó durante varios minutos. Luego Andy Baday abandonó la hoguera, y al momento las llamas decrecieron, casi se apagaron, bailando sobre el pequeño montón de tablas.

★ ★ ★

No habían hablado durante el regreso al hotel. Andy fue poco a poco recuperando su estado normal, su sonrisa habitual. Y pareció haber olvidado su transformación ante el fuego.

Doris le contemplaba. Examinó su ropa cuando él se la quitó en el cuarto. Algunas prendas eran de fibras artificiales, que se quemaban con el simple contacto de una plancha eléctrica. Pero aquellas ropas continuaba intactas.

Doris había contemplado una especie de milagro. ¿O una brujería? No lo sabía. Andy se tumbó en la cama, completamente relajado. Entonces ella se sentó a su lado, preguntándole con timidez.

—Dime, Andy... Cuando... cuando todos creyeron que habías muerto en el hospital, por unos momentos... ¿dónde estuviste?

El volvió la cabeza y la miró sonriendo. Tan bello, tan fuerte y, al mismo tiempo, tan desamparado.

—Creí que ya lo sabías, preciosa.

—No... no lo sé...

—Estuve en el infierno. Pude volver, y eso es lo importante, pero estuve entre un fuego que parecía el magma del centro de la tierra.

—¡Oh, no digas eso! Fue solo una pesadilla, un delirio, no debes creer una cosa así, Andy.

—Pero tú lo sabes, el fuego y yo somos buenos amigos, puedo provocarlo con la mirada. Por eso hemos emprendido este largo viaje hacia los lugares de mi infancia y de mi primera juventud.

—No lo comprendo...

—Porque eres incapaz de sentir rencor y odio, pequeña. Yo no. Cuando supe que tenía un poder tan especial, decidí que lo usaría para vengarme de todas aquellas personas que destruyeron mi vida. O, al menos, de las más culpables.

—Y has causado esas muertes... ¡Oh, Andy, no es posible que quieras seguir adelante, el golpe te ha privado de la facultad de discernir al bien del mal! Pero tienes que detenerte, olvidarlo, fue solo un delirio, nada más.

—Nos iremos cuando termine aquí, en Salt Lake. Cuando los encuentre. Después de ellos, creo que habré agotado mi lista. Porque los demás fueron pequeños canallas que me hicieron tan solo pequeñas canalladas. Cuando encuentre a estos, nos iremos, Doris.

La joven acariciaba las manos del hombre. Ardían.

—Déjalos, por favor, hazlo por mí, Andy...

—Es imposible. Sería injusto. Los demás que abusaron de mí, que me maltrataron, robaron y encarcelaron, fueron solo la consecuencia de estos. Los voy a encontrar al final, pero ellos son los primeros en mi lista. Esa lista que no he tenido necesidad de reflejar en un papel, porque la llevo grabada en la cabeza y en el corazón.

—¿Quiénes son? ¿Qué te hicieron? ¿Quizá otro correccional? ¿Algún oficial de tutela de menores?

Él sonrió con dulzura. En aquel momento tenía los ojos muy azules.

—Pero... ¿No lo has comprendido? Son mis padres. He venido a buscar a mis padres, que me entregaron a la Beneficencia sin el menor dolor, tan solo para poder vivir más cómodamente, porque les estorbaba para su manera de vivir.

Ellos iban de un lado a otro en un remolque y de noche salían a bailar y todo eso.

—¡No! ¡Tus padres, no!

—Ellos más que nadie. Soy lo que ellos me hicieron. Sabían que me lanzaban al delito y a la soledad. Al lado de ellos, los demás fueron solo pobres bestias egoístas.

—¡No puedes matar a tus padres! ¡No, Andy!

El rostro de Andy se endureció.

—¿Es que no lo comprendes? Para mí ya nada es sagrado ni respetable. Las grandes palabras no significan nada. El mundo entero no significa nada. Solamente tú, pequeña. Tú eres la única dosis de bondad y de verdad que puedo aceptar.

Ella continuaba tratando de disuadirle. Pero Andy se durmió.

★ ★ ★

En los siguientes días. Andy se dedicó a buscar a sus padres. Con la esperanza de poder evitar que hiciera lo que intentaba, Doris le acompañaba. Y en esta ocasión, el joven no trataba de eludirla.

Se mostraba, por el contrario, abierto y tranquilo.

Y hablaba de sus padres, y de cómo esperaba encontrarlos, con despreocupación, alegremente. Parecía que planeaba una gozosa reunión familiar, y no un doble asesinato.

—Verás: mis padres perdieron su casa al no poder pagar los plazos de la hipoteca. Consiguieron recuperar una parte del dinero que habían invertido, eso sí, y con él se compraron un coche y un remolque. Y desde entonces vivieron en los «camping» para caravanas, en torno a Salt Lake, sin alejarse mucho de la ciudad.

—Es una vida pintoresca. Supongo que resultaría divertida para un niño.

—No puedo saberlo. En cuanto tuvieron la primera caravana pensaron que no había sitio en ella para mí, y me echaron. Tenía siete años.

Doris se estremeció, mirando a Andy; pero se tranquilizó ante la indiferencia de su gesto.

—Mi padre alterna los trabajos ocasionales con el cobro del cheque del Gobierno. Es técnico en televisión, le dan fácilmente trabajo, pero se cansa pronto y lo abandona. Lo que le gusta es el baile, como a mi madre. Todas las noches salían a las fiestas cercanas. Naturalmente, al día siguiente estaban demasiado cansados para trabajar. ¿Sabes cuál fue el motivo oficial para que me entregasen al Gobierno? Debido a su vida nómada yo no podía ir regularmente al colegio. Lo hicieron por amor, para no perjudicar mi educación. Y así, caí en manos de explotadores y de cárceles para niños.

Reía sin aparente amargura.

—Déjalos, Andy, no vale la pena. Sigamos hacia el Oeste. ¡Me gustaría mucho ir a California!

—¿Serías capaz de venir conmigo viajando en vagones vacíos,

saltando al suelo antes de que el tren se detenga, huyendo de los ferroviarios?

Ella se entusiasmó.

—¡Sí! ¡Ahora mismo! ¡En el primer tren!

El acarició su pelo, murmurando.

—Después. Después...

Ya no volvió a mostrarse tan agradable en las siguientes horas. Había conseguido un mapa con los «camping» legales de caravanas, pero existían otros clandestinos, que se desplazaban constantemente.

Y luego quedaban los caravanistas que se instalaban en cualquier lado por unos días, hasta que alguien les echaba. Y además, podía suceder que durante todos aquellos años sus padres se hubieran alojado en una casa.

Y también que no vivieran en aquel Estado.

Pero Andy estaba seguro de encontrarlos en algún patio o terreno baldío, en una caravana vieja.

Estuvo en la Oficina de Empleos, pero no consiguió, pese a su encanto, que las empleadas le dieran información alguna, porque se trataba de materia reservada.

Entonces, siempre acompañado de Doris, empezó a visitar talleres de reparaciones de televisión, porque quizá su padre, como en otros tiempos, acudiera a ellos ocasionalmente, en momentos de apuro.

Al fin, en un taller pequeño, el dueño recordaba el nombre de Juan Baday.

—Sí... le recuerdo, un tipo curioso. Buen técnico, pero con espíritu inquieto. No duraba mucho en ningún sitio. A mí pretendió pedirme un anticipo, pero yo estaba informado y se lo negué.

—¿Hace mucho tiempo de eso?

—¡Sí unos ocho o nueve años! Se pasaba las noches en las fiestas donde había música «Country». Era muy aficionado.

—Yo quiero encontrarle ahora, no conocer su pasado.

—Pues para mí ese hombre es solo pasado. Algún tiempo después le vi en un bar. Andaba enredado con unos sujetos peligrosos, tahúres de taberna, ya sabe, esos tipos que se fingen palurdos para desplumar a los incautos en un «póker» nocturno. En realidad están organizados y son peligrosos.

Andy le pidió el nombre del bar. Y se fue a él con Doris, que estaba agotada.

Era un bar de mal aspecto, con mujeres al acecho en la barra, y cortinas que ocultaba escaleras tenebrosas. Andy y Doris esperaron a que uno de los camareros se fijara bien en ellos. Entonces Andy le tendió uno de sus últimos billetes de banco.

—Juan Baday. Venía por aquí hace algún tiempo. Quizá venga aún. Creo que se unía a algunas partidas de «póker».

El camarero tomó el billete con displicencia.

—Puede. Todo es posible en un lugar como este. Pero yo no sé cómo se llama usted, no le he preguntado su nombre. Por lo tanto no puedo conocer a ese Juan, a quién, en cualquier caso, tampoco preguntaría el nombre.

—No soy policía, ni matón, ni cobrador de apuestas. Soy el hijo de ese Baday. Es un asunto familiar.

El camarero le miró fijamente. Andy sonreía, estaba usando de todo su poder de sugestión. Que era mucho. El hombre murmuró:

—No le busque. Murió hace tiempo, solía jugar con dinero, alguien decidió darle una lección. ¡Y no le diré más! Pregunte a la policía, ellos sabrán dónde vivía.

Capítulo 8

H

ACIA ya muchos meses que la gran caravana no rodaba, no se movía de aquel solar. Las ruedas, sin aire, y seguramente inutilizadas, se hundían en la tierra que unas veces era un barrizal y otras veces una costra dura.

Basuras y desperdicios rodeaban la caravana. Tenía zonas faltas de pintura y el resto con partes metálicas muy oxidadas.

No había coche alguno junto a ella. La caravana se había convertido en una vivienda sedentaria, ínfima y sucia. Una escalerilla de desguace ante la puerta, un viejo toldo en forma de avance.

Tras de la caravana, un depósito de cajas de madera que alguien desarmaba para apilar las tablas.

A unos doscientos metros, otra caravana parecida. Las dos formaban aquella triste barriada, lejos de la ciudad. Habían sido desahuciadas de otros lugares hasta encontrar aquel solar que nadie reclamaba.

De noche el lugar resultaba siniestro. La pobreza de sus pocos habitantes era su seguro de vida, ningún delincuente se sentía atraído por tanta miseria.

En la mayor de las caravanas vivía una mujer sola. Era aún joven y conservaba cierta hermosura. Su gran melena, despeinada, muy rubia, la caía sobre los hombros. Una gran cantidad de maquillaje viejo, reseco, cubría su rostro, dándole apariencia de máscara. Aun así los ojos destacaban por su belleza.

Envuelta en una bata larga, descalza, tumbada sobre la cama, releía una revista, seguramente rescatada de la basura. Cuando llamaron a la puerta, la mujer lanzó una exclamación de alegría, poniéndose en pie. Gritó:

—¡Pasa, cariño, menos mal que has llegado!

Cuando se abrió la puerta de la caravana apareció un hombre joven. Un hombre que disimulaba su repugnancia. Dentro de la caravana el olor a comida y a perfumes baratos hacía el aire casi irrespirable.

La mujer hizo un gesto de fastidio.

—¡Oh! Creí que era el tipo que me trae el cheque del Gobierno. Se está retrasando este mes, y me está fastidiando bien. Bueno, váyase, no necesito nada. ¿No ve que aquí no hay dinero?

Andy Baday penetró en la caravana. Pegada a él estaba Doris, que lo miraba todo con prevención.

—Me llamo Andy —dijo el joven.

—¿Y qué? ¿Qué es lo que buscas aquí? No compro ni vendo nada.

—Andy Baday, madre.

La mujer achicó los ojos, mirándole. Luego se echó a reír.

—¡Sí, hombre! Ahora recuerdo, tú eres Andy. Bueno, has cambiado mucho. ¿Cómo diablos has podido encontrarme? De modo que has crecido. Te has convertido en un guapo chico, y has pensado en venir a saludarme. Es un gesto. Pero yo no estoy para gestos sentimentales, me alegro mucho de verte. ¿Es tu novia, tu mujer? Pues encantada. Perdonad que no os invite a sentaros, no tengo sitio. Espero que no os habréis hecho la ilusión de sacarme dinero, ¿verdad?

Se había recostado con indolencia en la pared. Doris susurró:

—Vámonos, Andy...

Andy sonreía. Su madre era tal como lo había imaginado.

—Yo no he venido a buscar dinero.

—Mejor. Mira, os agradeceré que os vayáis. Tengo un compromiso, he de arreglarme. Otro día nos veremos. ¿Sabes? Me dijeron que estabas en la cárcel. Tu padre murió. En fin, las cosas han ido bastante mal.

—No parece que te conmueve el verme —dijo Andy.

—Ya entiendo, has venido para hacerme reproches. Porque te abandonamos. Pero lo hicimos por tu bien. Mira como vivo. Además, yo no quería hijos, fue cosa de tu padre, que era un iluso. Luego no tenía dinero para cuidar de ti. Mira, venid otro día, ahora no estoy preparada para el papel. Eres un chico muy guapo, Andy te pareces a tu padre. ¿Te he dicho que lo mataron? Cuando cobre el cheque podré invitaros a café. Aunque no me gusta que me vean con un hijo tan mayor, todavía, cuando me arreglo, estoy bien.

Se estaba poniendo nerviosa. Andy preguntó:

—¿No tienes el menor interés por mí, por mi vida? ¿Me has olvidado completamente?

Ella rio, con gesto despreocupado.

—¡Qué quieres! En las películas, una situación así es muy sentimental, pero en la realidad... Yo esperaba que te hubieran adoptado otros padres. Supongo que estoy escandalizando a esta chica. ¿Es tu mujer o tu amiga? La verdad, debiste avisarme, y no presentarte por sorpresa. ¿Es que esperabas que empezase a llorar y a decir que no había podido dormir desde que te dejamos? La verdad, la auténtica verdad, es que no me acordaba de ti. Siento decepcionarte, Andy.

Andy negó.

—No me decepcionas. Era lo que esperaba escuchar, lo que necesitaba escuchar.

—Pues lárgate de una vez y llévate a esta chica que está necesitada de comida caliente. ¿Qué es lo que has visto en ella? Cerrad la puerta al salir.

Se tumbó en la cama, recogiendo la revista. Cuando los jóvenes salían, ella gritó:

—¡Será mejor que no vuelvas, Andy!

Andy se alejó de la caravana, sorteando montones de basura. Doris le seguía, ilusionada.

—¡Vámonos, esto ha terminado, amor, ya ves que ella es una irresponsable, olvídate de...!

Andy se detuvo. Y cuando la joven vio la expresión de sus ojos, sus esperanzas se esfumaron. Andy se había transformado en el lejano y siniestro personaje que ya conocía.

—Debieron matarme, habría sido mejor para todos —murmuró:

Había apartado a Doris con violencia, derribándola al suelo. Luego se volvió para mirar a la caravana. Miraba la ventana, apenas cubierta con una cortina de tela.

Doris, gimiendo, quiso incorporarse. Pero ya era tarde. El cristal de la ventana estalló con gran ruido y, al mismo tiempo, algo hizo explosión dentro del vehículo. Se oyó un grito de mujer, un grito de horror, y una luz rojiza brotó por el hueco de la ventana.

Inmediatamente las llamas aparecieron, con aquella terrible violencia que Doris ya conocía. Alguna botella de combustible había estallado y las llamas se apoderaron del interior de la caravana, repleta de papeles, de ropas, y forrada además de aislamiento plástico.

Doris se puso de rodillas, llorando. Andy no se movía. Muy erguido contemplaba el fuego que acababa de provocar, con aquella delectación que siempre le producía.

Los gritos de la mujer eran horribles. La portezuela fue abierta, pero una cortina de llamas la cerró el paso. La vieron agitarse tras del fuego; se estaba quemando viva.

Luego apareció en el hueco de la ventana. Su pintado rostro, deformado por el dolor y el miedo, parecía una máscara horrible. Lanzó un grito y luego suplicó.

—¡Andy, por favor! ¡Andy, hijo mío...!

Andy pareció encogerse. Después rugió algo que Doris no pudo comprender y, de pronto, echó a correr hacia la caravana para, de un salto, penetrar en ella a través del fuego.

Doris se puso en pie. Sabía que las llamas no atacarían al joven. Le había visto bailar entre ellas, jugar con ellas.

Doris seguía mirando a la portezuela. La madre de Andy había desaparecido de la ventana, después de un último grito.

De lejos llegaban voces. Alguien salía de la otra caravana, pero no se aproximaba.

Doris llamó a Andy.

—¡Andy, sácala de una vez, deprisa, date prisa!

Y entonces, vio al joven de rodillas, muy cerca de la puerta. ¡Sus ropas estaban ardiendo! ¡Esta vez el fuego no le había respetado!

Doris se volvió loca. Olvidando su miedo corrió hacia la caravana. El fuego era aún muy vivo. Andy seguía cerca de la puerta. Pudo sujetarle por un pie y tirar de él, sollozando, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

Al fondo, al borde de la cama, estaba la madre de Andy, completamente quieta, ardiendo. Su melena había desaparecido, su cara era una masa oscura.

Doris cerró los ojos, las llamas quemaban sus manos. Un esfuerzo más y Andy caía al suelo, fuera ya de la caravana.

El fuego iba consumiendo sus ropas. La joven, desesperada, lo apagó a manotazos y luego siguió arrastrando el cuerpo de Andy hasta apartarle del vehículo, que empezaba a desmoronarse entre estallidos del metal y envuelto en grandes llamaradas.

Por fin, alguien se acercaba. Y de lejos se oía ruido de motores de coches. Doris recostó a Andy sobre un montículo, besándole con desesperación. Andy abrió los ojos, mientras con las manos se oprimía el vientre. Estaba espantosamente quemado. Solo su rostro había sido respetado por el fuego. Sus ojos eran cándidos, inocentes.

—¡Andy! ¡Dios mío, Andy, te has quemado, el fuego te ha traicionado!

El movió la cabeza, tratando de volverla hacia la caravana.

—Ella... mi madre...

Doris comprendió de pronto. Aquella diabólica fuerza, aquel poder que Andy había adquirido mientras descendía a las negruras de la muerte, aquella maligna asociación, realmente diabólica, con el fuego, se había roto cuando la voz de su madre despertó en él sentimientos de amor y de bondad.

Andy había dejado de ser un enviado del mal. De nuevo era solo el pobre muchacho abandonado y burlado, siempre perseguido, que se creía cínico y desalmado.

—¡Dios mío, todo mi amor no fue suficiente para salvarle! ¡Ella ha terminado destruyéndolo!

—¡Dime... ella...! —susurró Andy, angustiado.

Doris le besó, murmurando.

—Sí, está bien, tranquilízate, ella está bien, amor mío.

Andy sonrió. Doris siguió abrazada a él. Había gente en torno al fuego. Luego, una voz seca y cruel dijo de pronto junto a la joven.

—Señorita, déjelo. ¿No ve que está muerto?

FIN



¡UN VIAJE MARAVILLOSO POR EL MUNDO DE LA ALEGRÍA!

LOS DUEÑOS



Divertidas
aventuras
y los mejores
chistes
gráficos.
Para toda
la familia.

REVISTA **CONDORITO**